

VIAJEROS DEL CONOCIMIENTO

# E L ALQUIMISTA ERRANTE

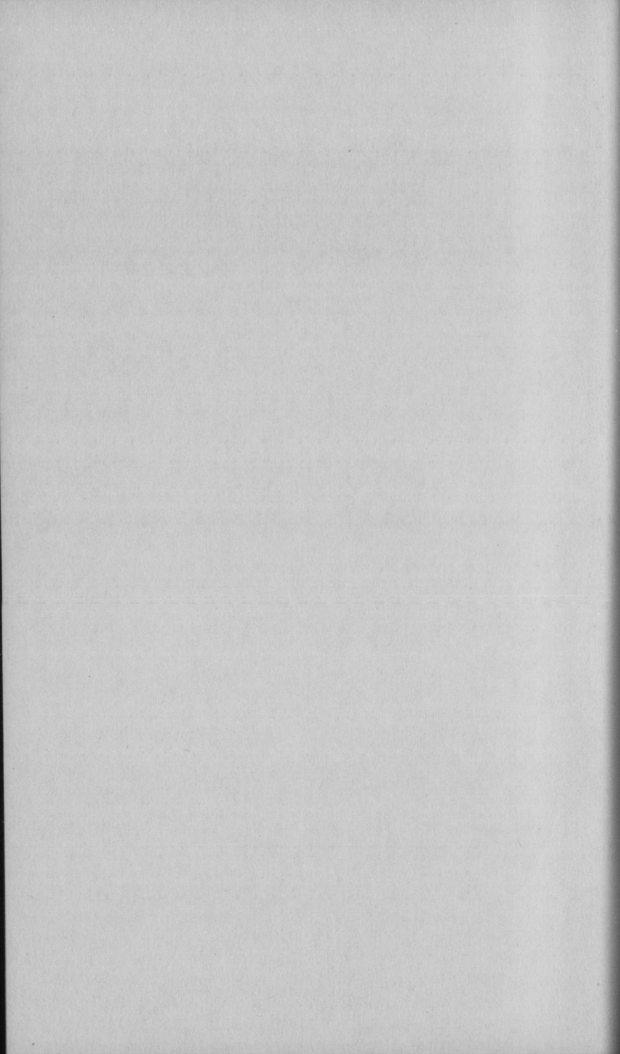
Paracelso



Horacio García

COLCIENCIAS  
Alfaomega





**Viajeros del conocimiento**

Colección dirigida por  
Victoria Schusheim

***El alquimista errante***

Portada: Felipe Valencia

Edición original publicada por  
PANGEA EDITORES  
© PANGEA EDITORES, S.A. de C.V.

ISBN 970-709-012-4

Para esta edición autorizada para  
COLCIENCIAS en Colombia.  
© 2001 Alfomega S.A.

ISBN 958-682-313-X

Impreso y hecho en Colombia  
Printed and made in Colombia




# **El alquimista errante**

Paracelso

Horacio García

  
COLCIENCIAS

 **Alfaomega**

El nacimiento de la...

La...

...

A Gígí

...

...

# Índice

El mundo de Paracelso	9
El dilema de un autor. Diálogo del autor con su demonio interior	11
Lector, pongámonos de acuerdo	14
La época de Paracelso: el renacimiento europeo y sus antecedentes	15
Europa, Suiza y el Imperio otomano en la época de Paracelso	20
Paracelso: alquimista, médico, astrólogo-profeta, aventurero del pensamiento	22
La alquimia	29
Paracelso, médico y alquimista	50
Tratando de entender a Paracelso	55
Paracelso y la magia	65
Textos de Paracelso	69
Dedicatoria al señor y doctor Joachim de Wadt	71
De los modos o maneras de curar	72
Del método de la enseñanza médica	76
Donde se explica el principio del fuego y de la metodología médica	78
De las tres primeras sustancias	86

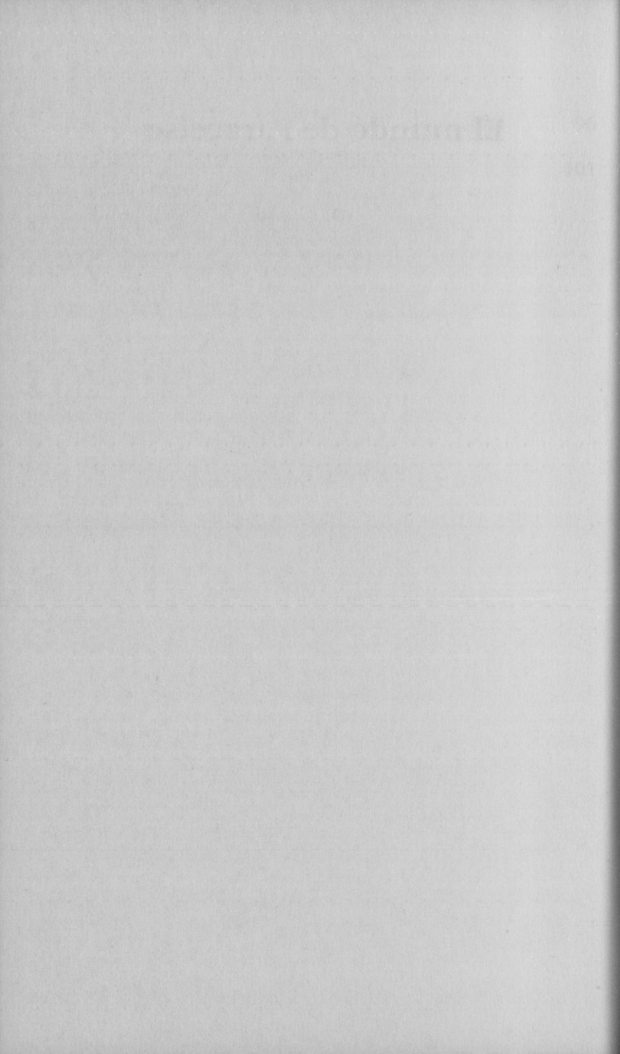
De la naturaleza de las tres sustancias y la  
influencia de las estaciones y de la putrefacción

96

Índice analítico y glosario

101

# El mundo de Paracelso



## **El dilema de un autor. Diálogo del autor con su demonio interior**

—Demonio, tengo que escribir un libro sobre Paracelso, quien como sabes fue uno de los más interesantes personajes del renacimiento. . . ¿Cómo lo describiré? ¿Como un alquimista?

—No está mal. Se prestará a que presentes el trabajo de esos misteriosos personajes; podrás hablar de la piedra filosofal, del clíxir de la juventud. . .

—Y de los antecedentes de la química moderna. . .

—Pero, ¿sabes?. . . tengo mis dudas, Horacio. ¿Paracelso no fue más importante para los médicos y la medicina que para la química y los químicos? ¿Te acuerdas de sus famosas y aparentemente mágicas curaciones en Basilea, y cómo atrajeron la admiración de Erasmo y sus contemporáneos?

—Uhhmm. . . ahora que lo dices, demonio, puede que tengas razón. Quizá me convenga centrar la atención en la medicina del renacimiento y las aportaciones revolucionarias de Paracelso. . . me parece que sí. . . empezaré por. . .

—¡Espera!. . . ¿No fue muy importante la crítica que hizo Paracelso a la astrología de la época? ¿No convendría centrar la narración sobre este tema todavía tan discutido en el presente? ¿Cuántas personas no acuden hoy a su ho-

róscopo antes que a ninguna otra fuente de información para decidir con qué pie pisan el suelo al levantarse por la mañana?

—¡Caramba, demonio, es cierto! Resultaría interesante exponer los puntos de vista de nuestro personaje; probablemente más de un creyente en la astrología tendría materia de reflexión sobre su conducta. . . Uhm. . . en ese caso podría empezar por. . .

—Sin embargo. . . ¡espera otra vez! Me estoy acordando de que Paracelso fue uno de los primeros en luchar por comunicarse en el idioma popular con las personas que acudían a sus clases, que criticó mucho a quienes insistían en usar el latín y el griego en sus cátedras. Y eso en pleno renacimiento, cuando todos los escritores y personas cultas trataban precisamente de recuperar el griego como lengua indispensable para tener acceso a la que, para ellos, era la alta cultura. . .

—¡Cierto! ¡Eso también es importante! Especialmente ahora, cuando la gente común y corriente que trata de entender la ciencia encuentra que ésta se distingue por usar un lenguaje especial, tan extraño para ella como lo era el griego para las personas de la época de Paracelso. . . Uhm. . . ¡Demonios! Perdona, no es contra ti.

—¿Y qué dices del Paracelso profeta? Como sabes, las profecías eran un género muy popular entonces y se editaban y eran leídas en gran cantidad por todo el público, culto o no culto, y todos los monarcas tenían un astrólogo profeta a su lado como consejero. Paracelso fue muy famoso por sus profecías. . .

—¡Demonios!. . . Perdona otra vez, no es que me enoje contigo, pero en lugar de ayudarme me lo estás haciendo más difícil. ¿Cómo centraré el tema del libro? ¿Qué fue finalmente Paracelso? ¿Un alquimista? ¿Un médico? ¿Un luchador social? ¿Un astrólogo crítico? ¿Un profeta? ¿Cómo demonios lo caracterizo?

—No lo caracterices. Retrátalo como lo que fue: un extraordinario representante del renacimiento; un hombre





Phillpus Aureolus Teophrastus Bombastus ab Hohenheim, mejor conocido como Paracelso.

interesantísimo cuyas inquietudes eran muchas y muy profundas; un pensador original, un rebelde, un descubridor, un explorador del conocimiento, un aventurero del pensamiento.

### **Lector, pongámonos de acuerdo**

Sí, pongámonos de acuerdo sobre algunos asuntos fundamentales para sacarle provecho a la lectura de este libro.

Uno de los errores más comunes que cometemos al intentar escribir sobre historia de la ciencia es el de aplicar criterios modernos para juzgar el pasado. Tenemos la manía de creer que, como la ciencia es algo extraordinario en la actualidad, algo de importancia única en la historia, por los efectos profundos y acelerados que causa en la sociedad, todas las etapas anteriores a ésta de hoy han constituido algo así como los peldaños de una escalera que irremediamente tuvieron la función de elevarnos hacia el presente.

De esta manera, considerándonos el objetivo final de la historia, por no decir el ombligo del universo, quitamos valor a cada una de esas etapas anteriores y no nos damos cuenta de que lo tienen por sí mismas y no como antecedente del presente.

Por otra parte, al aplicar ideas modernas, como son las que tenemos de "ciencia" y "científico", a los hombres y situaciones de otras épocas, deformamos su propia realidad y, finalmente, no la entendemos. Surge de esta manera una historia falsa, que falta a la verdad.

Muchos historiadores de la ciencia nos han transmitido imágenes falsas, acartonadas, de hombres de carne y hueso. Hombres que fueron, irremediamente, de su época, limitados por la filosofía, técnica y conocimientos propios de la misma. Hombres producto, como cualquiera de nosotros, de su propia historia personal, hombres consecuencia de su momento histórico y de su espacio vital.

Si queremos entenderlos realmente, tenemos que ha-

cer un esfuerzo y despojarnos, hasta donde sea posible, de nuestra mentalidad moderna, trasladarnos en nuestra máquina del tiempo, la imaginación, a aquellas épocas, y usar los elementos de juicio, *los conocimientos* y los criterios de las mismas.

A eso te invito, amigo lector. No apliques a Paracelso ningún patrón de juicio moderno. No veas en él *un precursor*. Trata de verlo como lo vieron los hombres del siglo XVI sobre los que influyó con su pensamiento; trata de pensar y sentir como uno de ellos. Y, entonces, la lectura de este libro te resultará mucho más grata.

### **La época de Paracelso: el renacimiento europeo y sus antecedentes**

La llamada "revolución científica" de los siglos XVI y XVII no surgió brusca y espontáneamente en Europa. Se apoya y nutre en otra revolución, la "revolución cultural" del siglo XII cuyos principales protagonistas son los árabes y los traductores hispano-judío-árabes de Toledo. Sin su trabajo ni la mencionada revolución científica ni el renacimiento hubieran sido posibles.

Efectivamente, fueron los integrantes de la escuela de Toledo los que al traducir del árabe al latín, primero, y a las lenguas europeas, después, quienes establecieron el puente que llevó la filosofía y el saber de los griegos a los estudiosos en los países de Europa. Dado que la cultura griega fue una espléndida síntesis del conocimiento, las creencias y preocupaciones de todos los pueblos que la precedieron y la acompañaron, fue a través de ese trabajo espléndido de traducción como pudo conservarse el saber de la antigüedad para, después de ser enriquecido por las aportaciones de los comentaristas críticos y filósofos musulmanes, como Averroes y Avicena, servir de estímulo al desarrollo de la entonces muy atrasada y aturdida Europa.

Hacia el siglo XV el interés por el pensamiento griego

despertado en los estudiosos europeos se orientó hacia el estudio de las obras originales, que poco a poco fueron conociéndose en Europa. Este interés llevó a la necesidad de estudiar el idioma griego y a través del mismo la magnífica cultura de la que fue columna vertebral. El arte, la literatura, las hipótesis sobre la naturaleza y conducta de la materia, la filosofía de aquel pueblo, no tardaron en ser objeto de imitación. Se llegó así a un renacimiento de la sensibilidad helénica y surgió la época europea llamada, precisamente, el renacimiento.

Se trataba de un renacer que iba de la mano de las inquietudes religiosas de la época, cuya fundamentación filosófica se encontraba en Aristóteles y Platón, pero limitada siempre por la presencia del dogma. La teología obligaba a la reflexión filosófica, y el modelo accesible e inmediato para esta reflexión se encontraba fundamentalmente, para los europeos y los árabes durante toda la edad media, en las obras de los dos filósofos ya mencionados, entre los cuales se daban diferencias muy importantes al responder a las grandes interrogantes del hombre.

Para citar un ejemplo, ante la pregunta "¿Quién soy", Platón respondía afirmando que el hombre es "un alma inmortal encerrada en un cuerpo mortal", mientras que Aristóteles defendía que el hombre es "un animal racional y mortal". Es decir, para Platón alma y cuerpo son dos cosas diferentes, *separables y separadas*, mientras que para Aristóteles el hombre es una unidad natural, en la que alma y cuerpo se integran de tal modo que, al morir y cesar las funciones biológicas, desaparece el alma, tan precedera como el mismo cuerpo.

La naturaleza está mucho más presente en el pensamiento aristotélico que en el platónico. Para Aristóteles el hombre es *una naturaleza entre otras naturalezas*; no es sólo alma, alma inmortal, pues de ser así sería un ser incompleto e imperfecto. Para los platónicos nada era más fácil que demostrar la inmortalidad del alma, mientras que para los aristotélicos nada era más difícil.

La riqueza y amplitud del pensamiento de Aristóteles eran, sin embargo, mucho mayores que las del pensamiento de Platón, y eso explica el lugar tan importante que ocupara Aristóteles, como fuente del conocimiento, para los teólogos medievales. Fue necesario, empero, modificar las tesis aristotélicas para acomodarlas al dogma religioso, y cuando esto no era posible por no estar a la altura de Aristóteles para poder corregirlo, como ocurría en el terreno de sus aportaciones sobre el origen y conducta de la materia, excluirlo y declararlo prohibido.

Por esta razón, la lectura de la *Física* de este filósofo fue prohibida por la autoridad papal, por oponerse al dogma. Aristóteles, por ejemplo, postulaba en su obra la eternidad de la materia; este concepto chocaba con el dogma, inspirado en la Biblia, de la creación del mundo, y los estudiosos europeos fueron incapaces de hacer un estudio crítico de la *Física* de Aristóteles a lo largo de toda la edad media y del renacimiento, mientras los filósofos árabes, como Averroes, lo intentaban.

Así, si bien el renacimiento europeo, que abarcó los siglos xv y xvi, fue de una fecundidad extraordinaria, porque enriqueció nuestra imagen del universo, su inspiración no fue, no podía ser, una inspiración científica.

El renacimiento lo fue fundamentalmente de las letras y las artes, y quien lo representa mejor es el artista y el hombre de letras. Pero también el erudito y el aventurero.

Por otra parte, hay que decir que el renacimiento es una de las épocas de menor espíritu crítico que presenta la historia de la humanidad. Es una época de profunda y burda superstición, en la que la magia, la brujería y la astrología se propagaron y difundieron mucho más que en la edad media. Los astrólogos, para los que la astronomía era "un pariente pobre", como dijo Kepler, ocupaban un lugar importante en las cortes, eran los indispensables consejeros de reyes y nobles poderosos y la mayor parte de los libros que se editaron, gracias a la importante técnica de la imprenta que inventó Gutenberg, fueron sobre ma-

gia, demonología y profecías, no libros de autores clásicos.

“El gran enemigo del renacimiento, desde el punto de vista filosófico y científico —dice Alexandre Koyré, en su obra *Estudios de historia del pensamiento científico*— fue la síntesis aristotélica, y se puede decir que su gran obra fue la destrucción de esta síntesis.” Para la mentalidad mágica del hombre europeo del renacimiento *todo es posible*, quizás a causa de fuerzas sobrenaturales o quizás a causa de la utilización de fuerzas naturales por parte de personas dotadas de poderes sobrenaturales: los magos y las brujas. Para el renacentista, como para el hombre medieval, la misma creación divina del mundo es un acto de magia. Y la magia se acepta sin analizar, en la magia se cree simplemente, sin buscar relaciones de causa y efecto, *sin pensar*.

Pero a este pensamiento mágico, característico del renacimiento, lo acompaña una cualidad muy positiva, que es la de la curiosidad, y otra más, la capacidad de asombro, la posibilidad de disfrutar ante lo maravilloso. Estas cualidades explican la gran actividad aventurera desarrollada en esta época y la gran cantidad de viajes y descubrimientos que se hicieron. En el renacimiento los europeos descubren América, dan la vuelta a África y, finalmente, dan la vuelta al mundo.

La geografía se amplía a la par que se amplía el conocimiento del cuerpo humano, en gran parte gracias a los estudios anatómicos de los grandes pintores; y finalmente se amplía definitivamente la visión del cosmos y del lugar que ocupa la Tierra, y con ella el hombre, en el universo.

Así es posible que en 1543 surjan dos obras revolucionarias: *De revolutionibus orbium coelestium*, de Nicolás Copérnico, y *De humani corporis fabrica*, de Andreas Vesalius.

Pero estas aportaciones no son realmente del renacimiento, es decir, no lo son del espíritu de la época; se trata de aportaciones que surgen *frente* a la corriente de pensamiento renacentista, y no *dentro* de ella.

Toda esta revisión del pensamiento griego y acumulación de datos producto del afán de saber y de la curiosidad



Mahomet II según una antigua representación del siglo xvi.

de los renacentistas, irremediablemente tenía que conducir al que fue uno de los grandes problemas políticos de la época: el surgimiento de nuevos puntos de vista sobre las interpretaciones de la Biblia, lo que condujo a las guerras de religión, que precisamente se produjeron entre los europeos cuando su principal enemigo ideológico en asuntos de religión, los musulmanes turcos, se hacía más poderoso que nunca, bajo el mando de tres extraordinarios sultanes: Mahomet II, Selim I y Solimán el Magnífico.

Ésta es la época y el mundo de Paracelso, nuestro personaje.

### **Europa, Suiza y el Imperio otomano en la época de Paracelso**

En el año en que nace Paracelso, 1493, Cristóbal Colón, después de su primer viaje, regresa a España; Alejandro VI, el papa Borgia, cumple un año como pontífice, y los turcos otomanos cumplen 40 de estar asentados en Constantinopla, la antigua Bizancio, y 30 de extender sus conquistas hacia el interior de Europa. Entre 1463 y 1493 habían conquistado Grecia, Bosnia y Herzegovina, territorios de la actual Yugoslavia; habían afianzado las fronteras europeas de su imperio y estaban en condiciones de caer sobre Austria, mientras, por otra parte, amenazaban invadir Egipto y así controlar todo el norte de África, lo que les daría posibilidades de saltar sobre Italia y cerrar las pinzas para penetrar profundamente en el continente europeo.

En 1493 Italia se encontraba dividida en varios estados, entre ellos las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia, el ducado de Milán, el vecino reino de Nápoles, incorporado a la corona de Aragón desde 1443, y los Estados Pontificios. Fernando el Católico, rey de Aragón, tenía intereses políticos en Italia, no sólo a través de Nápoles sino a través del papa Alejandro, a quien apoyara en su momento para que pudiera alcanzar su alta investidura eclesiástica. Sin



embargo, antes de ser conquistado por los aragoneses, el territorio napolitano había pertenecido a la casa de Anjou, reinante en Francia.

En 1494, cuando Paracelso tenía un año de edad, Carlos VIII, el monarca francés, decidió disputar con las armas lo que él consideraba su derecho al dominio de Nápoles, y envió un poderoso ejército a Italia. Así se iniciaría el conflicto entre Francia y España que iba a tener por escenario la tierra italiana, su botín político. Italia se transformó en un gigantesco campo de batalla por el que desfilarían, no en alegre marcha, sino combatiendo y saqueando, soldados de casi todos los países europeos. Pero esos ejércitos no sólo estaban formados por individuos de la nacionalidad del país cuyo monarca los llevaba a Italia. En aquella época el hombre de guerra capaz con frecuencia se constituía en capitán de un numeroso grupo de soldados contratados, es decir, de mercenarios motivados por la paga, el saqueo y el botín que acompañaban sus victorias.

El caudillo militar renacentista italiano se llamaba *condotiero*. De su fama y prestigio dependía el interés que los hombres de armas tuvieran en alistarse bajo su bandera. Sin embargo, hay que decirlo, la contratación de un condotiero y su mesnada, es decir, su ejército, venía acompañada de su compromiso de lealtad, al que el condotiero se sujetaba. En el curso de su vida guerrera un capitán de mercenarios podía combatir hoy al mismo que ayer lo contratara, pero difícilmente lo traicionaría mientras duraba su contrato. ¿Código de honor o cálculo mercantil? Dependía del caso, pero es indudable que la fama de lealtad de un condotiero ampliaba sus posibilidades de ser contratado en un futuro por aquellos mismos a los que había derrotado.

También existían los ejércitos que podríamos llamar *nacionales*, integrados por miembros de cierto país bajo el mando de su soberano o de señores que le debían vasallaje.

Un pequeño país europeo adquirió fama por la bravura de sus soldados mercenarios, pero para lograrlo fue necesario que, primero, conquistara su independencia frente a

quienes querían anexarlo. Este pequeño país, a finales del siglo xv, exportaba ejércitos bajo contrato y uno de ellos, al servicio del papa guerrero, Julio II, logró derrotar en 1512 al ejército francés de Luis XII, sucesor de Carlos VIII, alterando la suerte de la guerra entre Francia y la coalición integrada por el papado, España y Venecia, de tal manera que los franceses, victoriosos hasta entonces, se vieron obligados a retroceder más allá de los Alpes.

Los mercenarios victoriosos en esa ocasión eran suizos. Paracelso, también suizo, contaba entonces 19 años de edad y estudiaba medicina. Y otro personaje importante de la época, Martín Lutero, obtenía el cargo de profesor de teología en la universidad alemana de Wittenberg.

La época de Paracelso no sólo se distingue por las guerras por la hegemonía europea, que serían protagonizadas fundamentalmente por los monarcas Francisco I, de Francia, y Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, entre 1523 y 1529. También se distingue por las guerras de religión, desatadas por el movimiento de crítica a la corrupción eclesiástica católica, que se llamó la reforma, iniciado por Martín Lutero en Alemania el 31 de octubre de 1517, al exponer en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis, en las que atacaba, severa y sarcásticamente, el negocio papal de las indulgencias.

### **Paracelso: alquimista, médico, astrólogo-profeta, aventurero del pensamiento**

El niño de 9 años no pudo reprimir el escalofrío que recorrió su cuerpo. La hechicera había degollado limpiamente al gato blanco y después de dejar caer el torrente de sangre en la enorme olla colocada sobre el fuego, agregó la cabeza del gato mientras musitaba incomprensibles palabras mágicas. Detrás de ella el búho abrió y cerró uno de sus ojos, en una especie de guiño maligno, mientras la horrible vieja emitía lo que en otras personas podría ser

identificado como una risa, pero que en ella sólo resultaba un sonido desagradable.

—¡Jugo de mandrágora! ¡Uñas de perro negro! ¡Baba de murciélago! ¡Veneno de serpiente! ¡Sangre y cabeza de un gato blanco recién sacrificado!. . . Sólo falta una cosa, ¿sabes cuál es? —preguntó dirigiéndose al niño que temblaba ante su espantosa sonrisa. Y sin esperar la respuesta se acercó a él y, acariciando su cabeza, prosiguió—: ¿Cómo podrías saberlo? No puedes ni imaginarlo. . . Falta el cabello rubio de un niño de 9 años, así como el tuyo. . . ¿me lo darás, no es cierto? —Y, siempre sonriendo, acercó el enorme cuchillo manchado de sangre a la cabeza del aterrorizado niño.

Quiso gritar pidiendo auxilio, quiso correr y escapar de la choza, pero ante su desesperación no pudo hacer ninguna de las dos cosas. ¡No podía gritar! ¡Abría la boca y no salía ningún sonido! ¡Quería correr pero las piernas no le obedecían! ¡Estaba paralizado! Sudando, con los ojos abiertos por el terror, siguió el movimiento de aquel enorme cuchillo sangrante que crecía, aumentando de tamaño a medida que la bruja se lo acercaba a la cara. Y, de repente, ¡gritó!, cerrando los ojos gritó como nunca lo había hecho, mientras las primeras hebras de su cabello eran cortadas por la horrible hechicera.

Justo en ese momento, abrió de nuevo los ojos. . . y se encontró en su cama, despierto, sudoroso y agitado. La hechicera no estaba allí. Su madre lo contemplaba entre amorosa y asustada. Mientras la abrazaba, temblando todavía por la impresión, comprendió que había tenido una pesadilla. Su padre, el médico, acudió y le colocó sobre la frente unas compresas frías. Suave, dulcemente, volvió a quedarse dormido en el cálido regazo de su madre.

Había pasado una semana y Phillipus, el niño, se encontraba ahora en una celda del monasterio de Villach, escuchando a su maestro, el abad Tritemius, quien se movía afanosamente entre las retortas, los tarros llenos de ungüentos, los frascos con líquidos, las muestras de distin-



Durante la edad media se creía que las brujas eran viejas arrugadas, rodeadas de gatos y sapos, que por las noches volaban en sus escobas.

tos minerales, yerbas recogidas de los alrededores a temprana hora del día, los morteros y el horno encendido.

Hablaban de las brujas y sus aquelarres, tema que inquietaba profundamente a Phillipus.

—¿Entonces, es cierto? ¿Vuelan las brujas y se reúnen con criaturas infernales para adorar a Belcebú?

Tritemius colocó en un crisol el polvo del material que acababa de moler y se detuvo antes de ponerlo sobre el fuego, meditando su respuesta. ¿Qué decirle a un niño como el que tenía delante? ¿Lo mismo que a todos los demás? Este niño era diferente, este niño era más observador, más sensible que los demás. Este niño estaba realmente interesado en el Gran Misterio; preguntaba y preguntaba, nunca se quedaba sin respuesta, aprendía rápidamente, asimilaba los conocimientos sin dificultad. ¡No!, no podría mentirle, tenía que ser sincero con él.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que el padre de Phillipus, el médico Bombastus ab Hohenheim, se lo presentara al llegar a Villach? Poco más de tres años. El niño se había mostrado tan interesado por el arte alquimista del abad, y tan ansioso por aprenderlo, que había llegado a ser su inseparable ayudante. Phillipus asimilaba los conocimientos de manera notable.

No sólo aprendía en el taller de Tritemius; el abad sabía de sus andanzas como aprendiz entre los mineros, de sus preguntas al herrero local, de sus conversaciones con los campesinos, con los viajeros, con el posadero del mesón y aun con aquella vieja que tenía fama de hechicera y que habitaba la choza en la profundidad del bosque vecino al monasterio. De todos ellos Phillipus aprendía algo.

Tritemius estuvo tentado de responder con toda sinceridad las preguntas del niño. Tentado de explicarle que en 1484 el papa Inocencio había expedido una bula autorizando a los inquisidores alemanes Heinrich Instutor y Jakob Sprenger a usar todo el poder de la inquisición para perseguir y torturar a las brujas; que los inquisidores papales habían tratado de convencer al papa argumentando que

la brujería había sufrido un cambio desde que en el año 1000 se estableciera como doctrina oficial de la iglesia católica que, en relación con la gente que creía que las brujas volaban por las noches en sus escobas para concurrir a reuniones secretas llamadas aquelarres, en presencia del demonio y otras criaturas infernales, íncubos y súcubos, había que interpretar esas declaraciones como procedentes de almas impías; que tales hechos sólo ocurrían en su imaginación pues Dios todopoderoso, en su infinita misericordia, no podía permitirlos.

Los inquisidores habían insistido en que esa brujería del año 1000 había sido sustituida por otra, mucho más peligrosa, por contar *realmente* con el apoyo de Satanás, enemigo del género humano; nueva brujería, decían, capaz de trasladarse *de verdad y no con la imaginación*, a los lugares donde efectuaba sus horribles reuniones, y a la que había que combatir con el fuego hasta exterminarla.

Tritemius conocía la historia y sabía que en los siglos XII, XIII y XIV la inmoral y escandalosa conducta de muchos representantes del clero había provocado la organización de varios movimientos de rebeldía popular contra esa situación y que sus líderes se habían reunido, por lo general en secreto, antes de manifestarse públicamente contra el desorden religioso y las ambiciones de poder terrenal que lo acompañaban. Sabía que la solicitud de la inquisición al papa para torturar a las brujas, atendida en el siglo XIII en que se inició esta práctica, encubría otros intereses y servía de pretexto para descubrir y destruir cualquier manifestación que pudiera desestabilizar el poder de la iglesia católica y su control sobre los fieles. Pero cuando iba a empezar a explicar a Phillipus esta situación, se contuvo. ¿Cómo reaccionaría ante la verdad? ¿Sería capaz de asimilarla sin violentarse? ¿Podía él, un abad católico, sembrar la duda en otros espíritus sin caer en el pecado de rebeldía ante la propia iglesia? No; mientras aceptara la autoridad papal no podía hacerlo. Fue por eso que se dirigió al niño en estos términos:

—Phillipus, lo que me preguntas ha sido resuelto por las

autoridades de la iglesia que nos han ordenado creer que las brujas vuelan realmente y tienen reuniones secretas con los seres infernales. Aproximadamente 50 años antes de que nacieras el papa Inocencio promulgó una bula autorizando a dos inquisidores para usar todo el poder de la inquisición con el fin de extirpar la brujería en Alemania. Estos personajes escribieron un libro llamado *El martillo de las brujas* y en él presentaron la doctrina oficial de la iglesia según la cual es herejía *no creer* que las brujas vuelan. . .

—¿Pero por qué, maestro? ¿Por qué tenemos que creer eso? ¿Cómo se sabe? La vieja que vive en el bosque tiene fama de bruja y en verdad es un poco rara, pero conmigo no ha sido mala, y el pastel de fresas silvestres que prepara es más sabroso que el que hacen en mi casa. La he sorprendido algunas veces cociendo extrañas yerbas en un perol grande y no entiendo las palabras que dice entonces, pero jamás la he visto volar en su escoba. La otra tarde estaba de muy buen humor y me invitó a comer un trozo de tarta; aproveché la ocasión y le pregunté si podía volar en su escoba. ¿Sabéis lo que hizo? ¡Rompió a reír! Rio hasta que le saltaron lágrimas; luego, sonriendo, me dijo: “Phillipus, cuando tú me digas que viste a una mujer, joven o vieja, volando en una escoba, empezaré a creer que eso puede ser cierto. *Mientras no la veas, duda de los que te digan que sí la vieron.* Las únicas mujeres de las que yo he oído decir que declararon haber volado fueron aquellas a las que la inquisición atormentó para que aceptaran que lo habían hecho. ¡Fíjate bien, Phillipus! Los que dijeron que eso había ocurrido fueron, en primer lugar, los inquisidores; las mujeres sólo lo dijeron bajo tormento; para dejar de sufrir dijeron todo lo que sus verdugos querían oír. ¿Prueba eso que hayan volado en sus escobas y acudido a reuniones con Satanás? Yo no lo creo.”

Lo que me dijo la vieja me dejó hecho un lío, maestro. Por eso quería conocer vuestra opinión. Ahora me encuentro con que la iglesia nos ordena creer eso, pero no lo entiendo. ¿Tengo que creer lo que me ordenan aunque no

lo entienda y dejar de creer cuando me ordenen lo contrario? Entonces ¿de qué sirve tratar de aprender? ¿No sería mejor simplemente obedecer? Pero ¿cómo voy a obedecer órdenes que no conozco? ¿Cuántas existen que sólo conocen los sacerdotes y no la gente y los niños? ¿Estamos en peligro de caer en pecado mortal por nuestra ignorancia? ¿Dónde queda entonces el libre albedrío que me dijisteis fue defendido por el sabio doctor de Aquino? ¿Nos coloca Dios en el mundo para que sea tan fácil caer en manos del demonio, sólo porque no se nos ha informado de lo que debemos y lo que no debemos creer? Maestro, cada vez lo entiendo menos.

—¡Lo que pasa contigo es que tienes demasiadas ansias de conocimiento! ¡Todo lo quieres saber a tu edad y no te das cuenta de que para contestar esas preguntas hay que dedicar muchos años al estudio! ¡No son cuestiones sencillas y muchos doctores aún no se las contestan! —Tritemius se enojaba—. ¿Por qué no vas a la universidad y allí estudias para tratar de hallar respuestas? Mañana hablaré con tu padre; ahora, ¡basta de charla y atiza el fuego! ¿Cómo voy a conseguir extraer el espíritu de vino si no lo calientas, zoquete?

Al día siguiente Tritemius anunció al médico Bombastus: “Vuestro hijo está preparado; enviadlo a la universidad si no queréis que el fuego de sus dudas lo destruya.”

Phillipus, que más tarde se haría llamar Paracelso, nació en 1493 en Einsiedeln, la parroquia que en 1527 se asignaría a Zwinglio, el principal dirigente de la reforma suiza; su padre procedía de una familia noble, los Bombastus ab [de] Hohenheim, y se había establecido como médico rural en Einsiedeln, donde se casó y tuvo varios hijos, uno de los cuales fue Phillipus Aureolus Teophrastus Bombastus ab Hohenheim.

Cuando Phillipus tenía 10 años y había recibido sus primeras lecciones de alquimia de su propio padre, aficionado a la misma, la familia se trasladó a Villach, en Carintia. Fue allí donde se relacionó con el abad del monasterio



vecino, Johannes Tritemius, famoso alquimista, y tuvo la oportunidad de tratar con los mineros, cuya actividad se hallaba impregnada de creencias, ritos e ideas relacionados con una antigua corriente de pensamiento que dotaba de vida a los minerales y de carácter mágico el arte del herrero, ideas que nutrían el pensamiento de los alquimistas.

Pero ¿quiénes eran los alquimistas? ¿Cuáles eran sus ideas y creencias? ¿Por qué ocupaba la alquimia el interés de tantas personas y qué nos permite decir que Paracelso fue uno de los más destacados alquimistas, aun cuando modificó algunas de sus teorías?

## La alquimia

Alejandría, situada en Egipto, fue heredera de sus misterios, de sus creencias religiosas, de sus conocimientos técnicos, de su milenaria cultura. En contacto con los pueblos de Asia Menor, se nutrió de la cultura de los antiguos babilonios, persas, medos, asirios, hititas, pueblos que a su vez tenían influencias más lejanas de las profundidades de Asia. Finalmente, fundada por griegos, Alejandría llevó a Oriente su filosofía y su sentido de la vida, para transformarla y enriquecerla al entrar en contacto con las influencias de las culturas mencionadas. Se transformó así en un gigantesco crisol de pensamientos, ideas y creencias, del que surgiría una nueva síntesis, polifacética, representativa de aquellas que la habían originado pero a la vez distinta; la cultura alejandrina, excelente ejemplo de lo que fue llamado en Europa helenismo, no es una suma de otras culturas; es un producto distinto, aunque en ella se reconozcan las diferentes influencias de los que la nutrieron.

Consecuencia de este triple encuentro entre las visiones del cosmos de griegos, egipcios y mesopotámicos, fue una corriente filosófica y mística que cobró fuerza hacia el siglo II de nuestra era y a la que la química actual debe en gran medida su existencia. Algunos de los contenidos místi-

cos más importantes de esta corriente de pensamiento son muy antiguos, y se relacionan con la tradición de mineros y forjadores que tiene sus raíces en la prehistoria. El hombre prehistórico tuvo que quedar impresionado ante un meteorito que llegaba encendido y llegaba del cielo. Uno de los primeros vocablos utilizados para designar el hierro es el sumerio *an-bar*, metal-estrella, metal-celeste.

Para el hombre de las sociedades arcaicas fue inevitable dotar de carácter sagrado todas las manifestaciones de la naturaleza en la que se encontraba inmerso, tal como fue inevitable dotar de sexo a las potencias divinas. El cielo fue identificado como la morada de una divinidad masculina, cuyas manifestaciones eran los meteoritos, el rayo, la tempestad, mientras la Tierra era concebida como deidad femenina, Madre Tierra, dispuesta a recibir las emisiones de la masculina, a *fecundarse* con ellas y a *concebir* los frutos de esta unión sexual.

De esta manera, todo lo que pertenecía a la naturaleza, todo lo que rodeaba al hombre, de alguna forma *vivía*; no sólo los animales, también las plantas y los minerales estaban dotados de este carácter sagrado, estaban dotados *de vida*.

El hombre que manipulaba los dones de la naturaleza se incorporaba a lo sagrado a través de su propio trabajo. La azada con que abría la tierra era algo más que un instrumento de labranza, era también un falo, y el trabajo del campesino en el terreno era algo más que una acción mecánica, era una acción sexual orientada a lograr la fecundación de la Madre Tierra.

Por eso los distintos oficios del hombre fueron dando origen a ritos y a iniciaciones, a *misterios*, relacionados con los mismos. Para los artesanos la materia que utilizaban era sentida como una *sustancia viviente*; para el minero, los minerales eran el producto de un *desarrollo embrionario* que se realizaba en el interior de la Tierra y que al extraerlos se interrumpía, lo que tenía que cargar de un sentimiento de responsabilidad a quien lo hacía. La piedra pulida y trans-



Para las sociedades arcaicas la Tierra era concebida como una deidad femenina que alimentaba al hombre con sus frutos.

formada por el hombre artista conservaba su sacralidad, mientras a los ojos de los demás hombres del grupo el artista-artesano aparecía también dotado de cualidades únicas, dotado de un poder especial por medio del cual lograba esa transformación.

Cuando apareció el forjador su poder y compromiso eran dobles: por un lado adquiría esa responsabilidad de interrumpir un proceso natural sagrado, el de la transformación natural del mineral y el metal que contenía, y por otro tenía el compromiso asociado con su capacidad para manejar el fuego. El herrero era un *señor del fuego*; lo encendía, lo apagaba, lo controlaba, lo usaba para producir la herramienta, arma u objeto que deseaba; el herrero era un ser especial, dotado por los dioses de un poder especial, incluso del *poder de hacer sufrir a la materia*, porque para el hombre de aquella época, si la materia vivía, tenía inevitablemente la capacidad de sufrir. Esta concepción de vida capaz del sufrimiento de la materia perdurará en Oriente y será una de las corrientes de pensamiento que dará origen a la alquimia alejandrina en los siglos I y II.

Cuando los griegos, en su expansión por el Mediterráneo, colonizan las islas y costas de Asia Menor, sufren la influencia de las creencias, ideas y pensamientos de sus habitantes, las asimilan y recrean, originándose así esa cultura mestiza que fue llamada jónica; Mileto, Samos, Clazomene, Éfeso, Pérgamo, son ejemplo de dichas colonias y patria de reconocidos filósofos jónicos. Pero la cultura griega se expande en todas direcciones a partir de la península; cubre toda la costa del mar Egeo, en cuyo extremo norte surgirá Abdera, se dirige hacia el este, llega a Sicilia, donde entre otras colonias se funda Agrigento; alcanza Italia, donde nace Elea y, finalmente, a la ahora península ibérica, donde se pusieron en contacto con los celíberos.

El pensamiento griego se desarrolla y cambia a lo largo del tiempo y en la extensión del Mediterráneo.

En esta línea del tiempo suele trazarse un límite que separa, por una parte, al conjunto de filósofos que van del

siglo VI al IV antes de nuestra era y, por otra, a los que vienen después. Que para hacerlo se use el nombre de Sócrates nos da una idea de la extraordinaria importancia otorgada a este filósofo; todos los que lo precedieron constituyen el conjunto de los *presocráticos*, entre los que para nuestros fines destacaremos a Tales de Mileto, Heráclito y Empédocles.

Tales y Heráclito son dignos representantes de la cultura jónica y ambos vivieron en el siglo VI a. C. Tales, nacido en Mileto, vivió probablemente del 624 al 546; las fechas de su nacimiento y muerte no se han establecido con seguridad. Términos como los de matemático, astrónomo y filósofo, con los que se le identifica generalmente, nos dan una idea equivocada de su personalidad. Ciertamente, Tales expresó su famoso teorema de geometría, observó los astros y planteó tesis de pensamiento, pero nunca como lo hace un matemático, astrónomo o pensador moderno. Su mundo, su ambiente interior de ideas, era muy distinto. La matemática, la observación de los astros, eran para él herramientas y medios para fundamentar su visión del cosmos, en la que se incorporaban pensamientos religiosos, observaciones de la naturaleza y creencias mágicas. Se trataba de explicar todo, pero sin abandonar la idea de su origen divino.

La constante presencia del mar —Mileto era un puerto— tenía que influir en su pensamiento. Observaciones simples sobre los seres vivos de la zona costera, la evaporación del agua, el renacer de plantas y hongos después de la lluvia, la presencia de la sangre, las lágrimas, etcétera, lo llevaron a pensar que el agua era la sustancia primigenia, fundamental, de la que se derivaban, por la magia divina, todas las cosas y seres. El *agua* era para Tales la única materia verdaderamente prima, utilizada por los dioses para generar todo lo demás.

Otro representante de la escuela jónica, Anaximandro —610-546 a. C.—, contemporáneo de Tales, propuso una tesis distinta: la sustancia prima era lo etéreo, lo que venía del cielo, el *aire*.

Heráclito (540-480 a. C.) nació en Éfeso, a orillas del mar Egeo, ciudad donde se levantara una de las siete maravillas de la antigüedad, el templo de Artemisa. La observación del fuego, entre otras cosas, lo llevó a pensar que lo característico de la vida es el devenir, el cambio. Nada es en un instante como lo era en el instante anterior; ni las cosas ni los seres. El río que pasa ante nuestros ojos es un buen modelo de esta idea de Heráclito. Por tanto nada puede ser, todo está dejando de ser constantemente, pensamiento que expresó con la fórmula: "el ser no es; el no ser, es". Pero la materia prima que usan los dioses, para las transformaciones de unas cosas en otras y de unos seres en otros, según Heráclito, es el *fuego*, no el agua. Las emanaciones del fuego se transforman en aire y luego en agua, cuando se enfrían en las alturas, pensaba.

Así, a lo largo de un siglo y medio, los pensadores jónicos habían propuesto tres tesis diferentes respecto a la sustancia prima o fundamental utilizada o dotada por los dioses para transformarse en todas las cosas y seres que aparecían en la naturaleza. Habían surgido los nombres de tres sustancias fundamentales: el agua, el aire, el fuego, pero cada tesis excluía a las otras.

Fue entonces cuando apareció una teoría integradora, unificadora, llamada a sostenerse durante 24 siglos, aun cuando sufriera diferentes modificaciones. Su creador fue un médico nacido en Agrigento, Sicilia, con fama de mago, quien, según la leyenda, ascendió al cráter del Etna para desde allí elevarse a las moradas de los dioses. Sólo sus sandalias se encontraron al borde del cráter; así desapareció el que se consideraba divino, así desapareció Empédocles.

Empédocles, que vivió en el siglo V a. C., pensó que las contradicciones relacionadas con establecer cuál de las sustancias, el agua, el aire o el fuego, era la fundamental, se resolvían aceptando que las tres lo eran, pero sumó una cuarta, la *tierra*.

Surgió así la llamada teoría de las cuatro sustancias fundamentales: aire, agua, tierra y fuego, según la cual todas

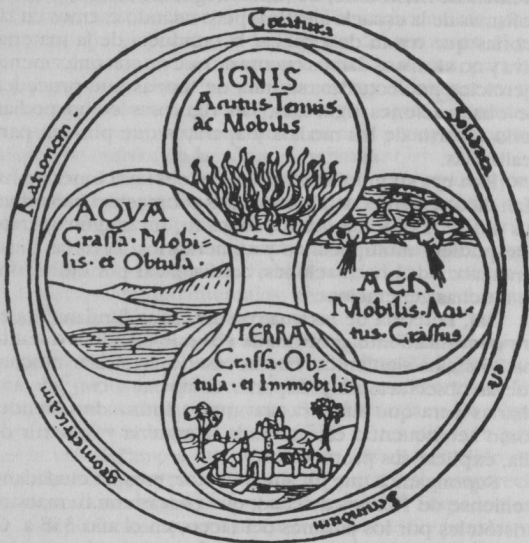
las cosas y seres estaban formados por una mezcla, diferente en cada caso, de esas sustancias, que, además, podían transformarse una en la otra.

Se ha insistido mucho en el carácter teórico de las proposiciones de los filósofos griegos y es indudable que muchas lo son y se colocan dentro del terreno de las especulaciones puras. Éste es el caso, por ejemplo, de la *Lógica* y la *Ética* de Aristóteles, de los *Diálogos* de Platón, y de los sofismas de la escuela eleática, pero cuando caemos en las teorías que tratan de explicar la conducta de la materia, viva y no viva, nos damos cuenta de que no son únicamente ejercicios intelectuales; se trata de teorías que proceden de observaciones rigurosas, tan rigurosas como podían serlo a partir de los medios y aparatos que poseían para realizarlas.

Ésta era su gran limitación. Las observaciones se hacían directamente, con los sentidos propios del individuo, sus ojos, sus oídos, su tacto, su gusto, sin ningún aparato que pudiera multiplicarlos y aumentarlos. Pero las ideas arrancaban de observaciones, confirmadas por individuos de muchas generaciones.

Así, la teoría de las cuatro sustancias fundamentales era continuamente confirmada y siguió siéndolo durante los 24 siglos siguientes. Fue necesario acumular muchas nuevas observaciones y disponer de aparatos con que ampliarlas para que surgiera una nueva forma de entender cómo se encuentra estructurada la materia y, a partir de ella, explicar sus propiedades.

Supongamos que tú, amigo lector, eres un ciudadano ateniense de 18 años de edad, que paseas con tu maestro Aristóteles por los jardines del Liceo, en el año 358 a. C. Ese hombre, tu maestro, es un ser humano muy especial, uno de los más destacados de la historia, pero eso es algo que ni tú ni él saben en ese momento. Sí sabes, en cambio, porque él te lo ha contado, que nació en Estagira, una ciudad de Macedonia, estado al norte de Grecia, considerado atrasado y salvaje por los otros griegos; que se trasladó



Representación de la teoría de los cuatro elementos: agua, fuego, aire y tierra.



a Atenas y allí, en tu ciudad, estudió en la Academia, así llamada por encontrarse en los edificios y jardines de un ateniense rico e ilustre de nombre Academos; sabes que allí fue alumno de Platón, quien a su vez lo fue de Sócrates, otros dos personajes destacados de la historia, y finalmente sabes que Aristóteles gusta de dar sus clases conversando mientras camina, dando vueltas por los jardines del Liceo, su escuela. (Por su costumbre de dar vueltas se lo llamó el "Peripatético", y por su lugar de origen se lo conoce también como el "Estagirita".)

Con tus 18 años de edad, tú, lector, serías uno de los jóvenes atenienses que cumplen con su servicio militar y se entrenan para acudir a la batalla contra los enemigos de Atenas. La noche anterior hiciste una práctica de instalación de un campamento, ayudaste a encender una fogata y soportaste lo que ahora llamamos tres horas de guardia antes del amanecer. La fogata fue reconfortante cuando, al cambio de turno, volviste a ella para defenderte del frío. Quitándote el casco, desembarazándote del escudo, depositando en el suelo la lanza y la corta espada que pendía del cinturón que ceñía tu cintura, te sentaste cerca del fuego, reavivado ahora por el haz de leña que agregaste.

Las llamas siempre cambiantes atrajeron tu atención y recordaste a Heráclito. Pensaste que las palabras del filósofo encerraban una gran verdad: "como el fuego, todo cambia; yo mismo no soy ahora exactamente igual a como era ayer, ni mi circunstancia es la misma; cada instante de mi vida es distinto a todos los demás, se da en una situación diferente; ese trino de un pájaro que acabo de oír, no volveré a oírlo nunca en idéntica forma, ni siquiera mi postura al escucharlo será la misma. Este fuego mágico, ¿en qué consiste?; ¿es en verdad la única sustancia fundamental, fuente de todas las demás?"

Le contaste a Aristóteles tus impresiones y le comunicaste tus inquietudes. Tu maestro se detuvo un momento, escuchándote, y cuando terminaste se dirigió a ti, diciéndote:

—Veo que aprovechaste muy bien lo que juntos anali-

zábamos en nuestra conversación de días pasados. La observación del fuego siempre es inquietante; quien lo contempla no puede evitar caer en un estado de ánimo que induce a pensar y soñar. Tú pensaste en Heráclito y en su filosofía del cambio, que tan verdadera nos parece desde ciertos puntos de vista. Sin embargo, ¿te sorprendería saber que existen otras tesis diferentes, todas tan lógicamente fundamentadas como ésta que te atrae tanto? Por ejemplo, ¿qué contarte de Demócrito de Abdera<sup>1</sup> y su maestro Leucipo?<sup>2</sup> Para ellos no existía ninguna sustancia fundamental. Demócrito enseñaba que la fragmentación de cualquier objeto en partes cada vez más pequeñas no podía conseguirse, como yo creo, hasta el infinito, sino que existía un límite dado por pequeñísimas partículas indivisibles, siempre iguales, indestructibles y eternas, que al unirse y separarse entre sí, dado su constante movimiento, originaban todas las cosas y seres. Estos *átomos*, como los llamó Leucipo, son lo único verdadero y real que existe, lo demás son apariencias.

—¿Apariencias? —preguntaste tú, lector—. ¿Es una apariencia la vida?; ¿nada cambia?; ¿nada termina?; ¿y qué ocurre al morir?; ¿no termina la vida y con la muerte sufrimos un importantísimo cambio?

—Demócrito te contestaría diciendo que la vida y la muerte son apariencias. Dado que según él estamos también formados por átomos, nuestra muerte sólo significa su separación y dispersión en la tierra, en el aire y en el agua. Pero los átomos siguen siendo iguales, siguen existiendo eternamente, y cuando vuelvan a asociarse con otros formarán nuevas cosas, nuevos seres, se reunirán en criaturas distintas. De acuerdo con esto, nuestros cuerpos, el tuyo y el mío, bien pueden contener algunos átomos que

<sup>1</sup>Demócrito (¿460-370 a. C.?), filósofo griego contemporáneo de Sócrates, en una de sus obras, que ha llegado hasta nosotros, sostiene la tesis que aquí colocamos en boca de Aristóteles.

<sup>2</sup>Leucipo, maestro de Demócrito (siglo v a. C.), propuso la tesis atomística que posteriormente desarrolló éste. Parece ser que, o no escribió, o escribió poco y por eso el crédito de dicha tesis se otorga a su discípulo, quien sí dejó obra escrita.

en su momento formaban parte del cuerpo de Demócrito. . . o de Heráclito, a quien tanto admiras.

Tú te quedaste atónito, amigo lector, al oír hablar así a Aristóteles. Sin embargo, aún fuiste capaz de preguntar:

—Y tú, maestro, ¿qué piensas de todo esto?

Aristóteles sonrió, reflexionó, y después de una pausa que a ti te pareció muy larga, sin que en realidad lo fuera, dijo:

—Yo pienso que la teoría de Leucipo y Demócrito es muy bella, pero desgraciadamente es una teoría para la que no existe ninguna observación que pueda fundamentarla. De las muchas teorías que con nuestra lógica podemos crear, yo me he propuesto aceptar sólo aquellas que puedo fundamentar con observaciones. Yo, como Heráclito, creo que el fuego sí es una sustancia fundamental pero, como Empédocles, opino que no es la única sustancia fundamental que existe en la naturaleza. Pienso que el agua, el aire y la tierra son sustancias tan fundamentales como el fuego, que pueden transformarse una en otra y que pueden mezclarse en diferentes proporciones para originar todos los objetos y seres que existen y nos rodean.

—Así, pues, maestro, ¿estamos todos los seres hechos de tierra, fuego, aire y agua? ¿Y estas sustancias se transforman una en la otra? ¿Por qué crees que esto es verdad, y no lo que opinaba Demócrito? Hablas de falta de observaciones que apoyen su opinión. ¿En qué observaciones se apoya la tuya?

—Antes de contestar a tu pregunta, déjame exponer lo que pienso un poco más a fondo. Creo que existen las cuatro sustancias fundamentales propuestas por Empédocles; y entiendo por sustancia fundamental aquella de la que no pueden extraerse otras diferentes. Así, del agua sólo podemos extraer agua; del fuego, fuego; del aire, aire y de la tierra, tierra. De cualquier otra sustancia o cuerpo, vivo o inerte, podemos extraer otras más simples y, al final de la separación, aislar las cuatro sustancias. En cada ser, o en cada sustancia distinta de las que llamo fundamentales,

éstas se unen en una proporción diferente. Por otra parte, a cada sustancia fundamental se asocian dos cualidades propias: al fuego la sequedad y el calor; al agua, la frialdad y la humedad; a la tierra, la frialdad y la sequedad; al aire, el calor y la frialdad. Veamos ahora cómo las observaciones apoyan esta forma de entender algunos cambios que se producen constantemente ante nosotros.

Empecemos por una fogata. ¿Qué se requiere para encenderla? Estamos de acuerdo en que, en primer lugar, hace falta leña seca. La leña procede de las ramas y troncos de los árboles y éstos nacen de la tierra; así, la sustancia fundamental que los constituye en su mayor parte es precisamente la tierra. Pero en las plantas vivas y árboles el agua también aparece en proporción abundante. A medida que pasa el tiempo las ramas recién caídas y los troncos recién cortados de un árbol pierden agua y se van haciendo más secos, es decir, contienen más sustancia fundamental tierra.

La leña, antes de quemarse, presenta las cualidades de la sustancia tierra, es seca y fría. Cuando se quema, la propiedad fría cambia a caliente, mientras se conserva la sequedad y se transforma en otra sustancia, seca y caliente, que es el fuego. Esta sustancia fuego asciende y se humedece; surge una nueva sustancia, húmeda y caliente, que es el aire. Cuando el aire se enfría, cambiando la propiedad caliente por la fría, se transforma en agua, esa agua, húmeda y fría que constituye las nubes y que cae a la tierra, por ser una sustancia más pesada que el aire, para transformarse en la sustancia tierra al secarse y hacerse seca y fría. ¿No es esto suficiente prueba?; ¿no es evidente que este ciclo de cambios ocurre constantemente y que nos basta observar para entenderlo?; ¿no son el fuego y el agua dos sustancias antagónicas? Lo son por ser antagónicas sus cualidades; aquél es seco y caliente; ésta es húmeda y fría.

El fuego y el aire son ligeros y ascienden; el agua, más pesada, cae hacia la tierra, cuya sustancia fundamental es la más pesada de todas, como lo atestiguan las rocas y los

minerales. Sin embargo, yo creo que existe una *quinta sustancia* que no consideró Empédocles; una sustancia inmutable y eterna que todo lo rodea y lo envuelve. En ella la Tierra y las estrellas flotan y se mueven; penetra todos los cuerpos y sustenta a las demás sustancias fundamentales. A esta quinta sustancia o quinta esencia, invariable, la llamo *éter*.

Así te hubiera podido hablar Aristóteles, mientras te explicaba su teoría de las sustancias fundamentales, teoría que después de la muerte del filósofo fue adoptada por la mayor parte de las personas dedicadas al estudio de la materia. Y así, la antigua creencia en el cambio natural de un mineral en otro, de un metal a otro, en el *crecimiento* de los metales en un proceso semejante al embrionario, hasta llegar al metal más perfecto, incorruptible e indestructible, es decir el oro, amarillo, a semejanza del Sol, centro del universo según creían, se vio fortalecida por las ideas de los filósofos griegos y la síntesis y recreación de Aristóteles.

Estas ideas, como hemos señalado, se mezclaban en el alma popular con creencias religiosas y con la aceptación de la astrología y la magia.

Conviene aquí precisar lo que entendemos por magia. Para quienes creían, y creen, en ella, la magia es una manifestación de un poder. Se trata del poder de una persona para utilizar "fuerzas" naturales en la medida de sus deseos, para alcanzar objetivos que se propone. Si los objetivos son buenos, éticos, la magia es "blanca"; si los objetivos son dañinos, si se trata de hacer el mal, la magia es "negra".

Con la influencia del catolicismo primero, y de los grupos religiosos protestantes después, a la magia negra se asoció la alianza con las potencias del mal, el demonio y sus criaturas infernales, íncubos y súcubos. Las personas que en el creer popular ejercían este tipo de magia fueron llamadas brujos y brujas, según el sexo, pero es notable que, de acuerdo con las cifras de las infelices criaturas perseguidas y quemadas como tales, entre los siglos xv y xviii, fueron muchas más las brujas que los brujos.

En el siglo II, cuando se desarrolla la alquimia, se produce el periodo de mayor expansión y equilibrio del Imperio romano, bajo la dirección de Trajano y su sucesor, el tolerante emperador Adriano.

Durante el siglo anterior Alejandría, capital de Egipto, fue testigo de un fuerte movimiento protagonizado por un conjunto de personas que buscaban arrancar a la naturaleza el secreto de la transformación de los metales que, según creían, llevaba al oro. Pero no era el interés material el que los guiaba. No buscaban hacerse ricos con facilidad, simplemente. Lo que buscaban era algo de mayor interés vital: encontrar la forma de transmutar un metal común, como puede ser el plomo, en el más perfecto de los metales, el oro, era encontrar *el secreto del perfeccionamiento* de la materia, y como la materia "vive" y nos conforma, era encontrar el secreto del perfeccionamiento de la vida, del cuerpo y del espíritu humano, entre otras cosas.

Ese grupo de personas tiene un problema bien identificado a la vista. Saben lo que quieren hacer. También tienen la materia prima sobre la que van a trabajar: todas las sustancias que aparecen a su alrededor, algunas de procedencia mineral, otras vegetal y otras de origen animal. Finalmente, Egipto les proporciona la técnica de trabajo; los egipcios llevaban mucho tiempo manejando las sustancias en los talleres de los templos, separándolas, utilizándolas tanto en la preparación de las momias como en la de pinturas y objetos de bronce, oro y piedras preciosas. El primoroso trabajo de los metales, al servicio de los dioses, se realizó durante mucho tiempo, cultivándose especialmente en el templo de Memfis.

Surgen los primeros talleres de trabajo, donde estas técnicas egipcias se enriquecen con las aportaciones y descubrimientos de los buscadores del secreto, y es importante destacar que allá en Alejandría, en el siglo I, una mujer inscribió su nombre en la historia al descubrir un método para calentar las sustancias sin ir más allá de lo que permite el agua hirviendo, descubrimiento genial que permitió desti-



María o Miriam, inventora del baño María, conocida como "Princesa de Saba" en los textos esotéricos.

lar a temperatura constante cuando aún ni se planteaba qué era la temperatura. El popular "baño María" recibe su nombre de esta alejandrina famosa, llamada también Miriam y, en los textos esotéricos, "Princesa de Saba".

Uno de los más famosos buscadores del secreto o "gran misterio", como él mismo lo designó por primera vez, fue Zósimo, de quien se cree que vivió del año 350 al 420. Identificado aparentemente como cristiano, Zósimo, quien fue también llamado Chemnis, nombre egipcio, escribió una enciclopedia en la que reunía todos los conocimientos de lo que hoy llamamos ciencias naturales, y que tuvo fama durante siglos. Es Zósimo quien da el nombre de *chemia*, química, al arte sagrado de los sacerdotes egipcios para el tratamiento de los metales, y quien presenta por primera vez la doctrina del *xerión*, luego conocida como la de la "piedra filosofal", según la cual, espolvoreado el *xerión* sobre los metales fundidos, los transforma en oro. En esta época alejandrina, de los siglos I al IV y V, los buscadores del secreto del gran misterio veneraron a una figura mística, la de Hermes Trismegisto, es decir tres veces grandísimo, considerado soberano de las almas y espíritus, señor de los magos. Su persona se confundía con la del antiguo dios egipcio de la medicina, Tot, y su atributo simbólico era una serpiente enrollada en una varita.

Los seguidores de este culto místico de Hermes Trismegisto escribieron mucho y durante mucho tiempo, desde el siglo I al III, aumentando el número de escritos las falsificaciones posteriores que se presentaron siglo tras siglo hasta llegar a la cifra de 20 mil, según unos autores, y de 36 500, según otros.

Estos escritos se refieren todos a supuestos conocimientos tan peligrosos para el vulgo que deben ser disfrazados con un lenguaje confuso, incapaz de ser interpretado por los iniciados, y fueron llamados *escritos herméticos*, al igual que herméticos se llamaron quienes a lo largo de los siglos siguieron compartiendo estas creencias y estudios de la conducta de la materia, hasta llegar al siglo XVIII.



En el siglo v la mitad occidental del Imperio romano, aquella en la que la capital seguía siendo Roma, sufrió la invasión de los pueblos que llamaban "bárbaros". Roma, la ciudad imperial, fue saqueada dos veces en el lapso de 45 años, primero por Teodorico y luego por Genserico, y todos los territorios por ella dominados, desde la Galia hasta España, le fueron arrebatados por godos, visigodos, vándalos suecos y alanos. Pero la otra mitad del imperio, gobernada desde Bizancio, resistió. El imperio dejó de ser romano, para transformarse en el Imperio bizantino, dentro del cual se encontraba Alejandría.

El cristianismo se había extendido por todo el ámbito del antiguo Imperio romano, pero diversas corrientes de pensamiento originaron que surgieran diferentes iglesias, entre las que cabe destacar la católica, cuya sede sería Roma, y la ortodoxa, establecida en Bizancio.

Pero otros grupos, como por ejemplo los coptos, los llamados nestorianos, pugnaban por otras interpretaciones religiosas. Declarados herejes y perseguidos, los nestorianos tuvieron que abandonar el Imperio bizantino y trasladarse a Siria, dentro del vecino Imperio persa o sasánida. Allí, en Siria, participaron en un importante movimiento cultural, al traducir al siríaco las obras de los griegos; Aristóteles, Platón, Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Euclides, Arquímedes, Ptolomeo, fueron dados a conocer en el Imperio persa.

Bizantinos y sasánidas chocaron inevitablemente al iniciarse el siglo vii. A lo largo de los primeros 20 años del siglo se sucedieron las victorias de los persas, quienes en el año 619 llegaron hasta Egipto. Una reacción enérgica de Bizancio, dirigida por su emperador Heraclio, le permitió invertir el curso de la larga guerra y reconquistar su territorio, incluido Egipto, derrotando definitivamente a los persas en el año 629. Los dos enemigos estaban exhaustos a esas alturas del siglo vii.

Y en ese preciso momento aparecieron, incontenibles, los señores del desierto, los árabes. Llevados por su fe

religiosa, mucho más que por los escasos caballos que entonces tenían, los árabes atacaron el Imperio sasánida, empezando precisamente por Siria.

A finales del 639 se inició el ataque contra Egipto, y a la muerte de Heraclio, ocurrida en el 642, su capital, Alejandría, capituló y se rindió a los conquistadores.

En su avance los árabes encontraron la gran obra cultural de la antigüedad traducida a un idioma afín al suyo, el siríaco, y no tuvieron ninguna dificultad en absorberla. Más adelante, familiarizados con el griego, traducirían directamente al árabe otras importantes obras, transformándose en los herederos del saber de la antigüedad.

En el siglo VIII los árabes pasaron al continente europeo y conquistaron casi toda España. La región dominada por ellos fue llamada Al-Andalus, nombre del que se derivó el de la parte sur de la península, Andalucía, en la que se mantuvieron hasta ser expulsados por los reyes católicos, en 1492.

En contacto con la cultura griega y la alejandrina, los árabes no tardaron en asimilar las tesis de Zósimo y los buscadores del secreto del gran misterio y, tomando el nombre usado por aquél, designaron con el término *al-quitmia* este campo de trabajo, y con el de *alquimistas* a quienes se ocupaban en él.

El desarrollo de la alquimia en los siglos siguientes, IX, X y XI, es fundamentalmente obra de los árabes, quienes se dedicaron a ella con gran interés, con el mismo gran interés con que se abocaron al estudio de las ciencias naturales, la medicina, la astrología y las matemáticas. En sus manos las técnicas de trabajo en el taller alquimista se enriquecieron y afinaron; surgió la preocupación por la medida y con ella el empleo sistemático de la balanza; se creó el alambique (derivado de la palabra árabe *alembik*), antecedente de los matraces de destilación, y gracias a él pudo aislarse el "espíritu de vino", *spiritus*, llamado también *aqua ardens* por su combustibilidad y *aqua vitae* por sus efectos desinfectantes: el alcohol.

Con los árabes la alquimia fundamenta la farmacia; a ellos se debe la primera farmacia pública, abierta en Bagdad a finales del siglo VIII, probablemente durante el califato de Harún Al-Raschid.

En el pensamiento de los estudiosos árabes todo se relaciona; la alquimia, la farmacia, la medicina, la astrología, la religión, la vida. Por lo tanto debemos dejar atrás esa imagen tan popular y tan falsa que hace del alquimista un simple buscador de oro. Es mucho más que eso: es un buscador del secreto del perfeccionamiento humano y cósmico.

El más destacado de los alquimistas árabes es el legendario Al-Djabir ibn Hayyan (siglo VIII), conocido entre los europeos como Jabir o Geber, a quien se atribuyó una cantidad impresionante de escritos, la mayoría de los cuales se identificaron después como apócrifos. Pero sin duda los textos más antiguos, recopilados apenas a finales del siglo X, son en gran parte auténticos, y el interés por seguir usando el nombre de Jabir nos habla del gran efecto causado por este filósofo-alquimista-místico en sus contemporáneos y en sus lectores posteriores.

En los más importantes textos atribuidos a Jabir, como el *Libro del rey*, *Libro de la templanza*, *Libro del peso*, *Libro del mercurio*, se desarrolla el cuerpo de ideas y conceptos que servirán de apoyo a toda la alquimia posterior.

En su receta para obtener el "elíxir de los elíxires", el *xerión* de Zósimo, Jabir nos permite apreciar de qué manera se iban haciendo cada vez más complejas las tesis sobre la composición de las sustancias y cómo se había mezclado el pensamiento griego con otras ideas.

Pero antes de presentar su receta, conviene aclarar que, cuando se refiere a algún metal común, cobre o plomo, por ejemplo, los llama "cuerpos". El mercurio, maravilloso enigma para quienquiera que observara sus cualidades, era para Jabir un "espíritu", mezcla perfecta de los cuatro elementos y resultado de la unión de los dos principios, masculino y femenino.



Representación alquímica de la piedra filosofal. Al fondo, el zorro y el gallo personifican el azufre y el mercurio.

¿Cómo llegar al "elíxir de los elíxires"? Según Jabir, para lograr que el "cuerpo", plomo o cobre, se transforme en oro, es necesario que la mezcla perfecta de los cuatro elementos, "el espíritu", mercurio, penetre en él, dotándolo de vida y sexualidad, para engendrar un nuevo cuerpo, el oro, lo que se favorecía si previamente se había añadido un poco de auténtico oro. Por supuesto, de lograr éxito, la cantidad final del nuevo cuerpo, del oro, sería mucho mayor que la utilizada en el proceso. Jabir pensaba que, de los cuatro elementos, dos aparecían en el mercurio en su estado natural y los otros dos se hallaban en estado latente, no manifiesto.

Observe el lector cómo las ideas antiguas aparecen aquí integradas: la materia que adquiere vida, la sexualidad de la materia, las cuatro sustancias fundamentales y la posibilidad de cambiar un "cuerpo" por otro.

¿Qué tiene de raro que se pensara que, si el "elíxir" podía utilizarse para transmitir *vida*, también podría mantenerla? Así surgió la tesis del "elíxir de la juventud", que es lo mismo que lo que luego se llamó "piedra filosofal". Por tanto, *xerión*, "elíxir de elíxires", "elíxir de la juventud" y "piedra filosofal" son términos sinónimos, que designan todos, en el fondo, la misma idea.

Los árabes desarrollaron su gran civilización entre los siglos IX y XII, manteniendo un nivel de cultura muy superior al de todos sus contemporáneos europeos, y fue su trabajo intelectual en esos siglos el que aportó las bases para la posterior revolución científica europea.

Los europeos, sumidos en la barbarie desde las invasiones que acabaron con el Imperio romano, habían perdido el contacto con el saber de la antigüedad. Lo recuperaron a través de los árabes. Efectivamente, los árabes andaluces desarrollaron importantes centros culturales como fueron la capital del califato, Córdoba, y las ciudades de Toledo y Sevilla. Cuando Toledo fue conquistada por el ejército del rey castellano Alfonso VI, en 1085, la gran obra de traducción del griego al árabe quedó en manos de los hispanos.

Surgió entonces un intenso trabajo de traducción, realizado en el curso de varios años, del árabe al latín y a otras lenguas, que ocupó a los estudiosos franceses, alemanes, ingleses e italianos, entre los siglos XI y XIII.

En esos siglos de la edad media, gracias a estas traducciones, la alquimia se difundió como un arte secreto, misterioso, por Europa, siempre de la mano del interés por la astrología, la medicina y, cada vez más, la magia. Roger Bacon, Ramón Lull, Arnaldo de Vilanova, Alberto Magno, fueron personalidades que cultivaron la alquimia.

Las creencias y misterios, sin embargo, escapaban de los talleres y celdas de estudio de los eruditos, para llegar al pueblo. Los mineros, forjadores y herreros de la edad media y el renacimiento tenían muchas creencias comunes con los alquimistas.

Paracelso, hijo de médico, en contacto con el trabajo de mineros y herreros, alumno de un alquimista, tuvo suficientes influencias que justificaran su propio interés en la alquimia y la medicina.

### **Paracelso, médico y alquimista**

A los 14 años, en 1507, Phillipus Aureolus Teophrastus Bombastus ab Hohenheim abandonó definitivamente el hogar para dedicarse a los estudios. Como hemos dicho, el joven, que luego cambiaría su nombre por el de Paracelso, había conocido el trabajo de los mineros, trabajando él mismo como aprendiz en las minas de Fúcar, en Villach, y había estudiado con el abad y alquimista Johannes Tritemius, todo lo cual lo puso en contacto con las tradiciones y creencias de los mineros y herreros y con las tesis de la alquimia.

Agotadas en Villach las posibilidades de aprender, pero no su necesidad de saber más, Phillipus abandonó el lugar para dirigirse a la universidad, como muchos jóvenes de aquella época en la que, al no existir ni la escuela primaria, ni la secundaria y preparatoria, las uni-

versidades constituían los únicos centros de cultura de acceso inmediato para quienes querían desarrollar estudios formales.

De 1507 a 1527 recorrió Europa, estudiando en muchas universidades, y se cree que en la de Ferrara se graduó en medicina. Si esto no es seguro, sí lo es en cambio que en esos años ejerció de cirujano en los ejércitos que constantemente atravesaban Europa y combatían fundamentalmente en Italia. Sus andanzas abarcaron Suiza, Inglaterra, Francia, España, Portugal, Alemania, Polonia, Rusia y, según parece, Constantinopla y la isla de Rodas.

Sus contactos con las tradiciones de los mineros y con las ideas alquimistas lo marcaron, y fue inevitable su actitud crítica ante la enseñanza escolástica de las universidades, dominada por el pensamiento de Aristóteles, Avicena, Hipócrates y Galeno. Sus propias observaciones como viajero incansable y cirujano de los ejércitos entraron en contradicción con lo que aparecía en los textos de los autores mencionados, que se usaban en las universidades, y poco a poco fue sustituyendo el saber escolástico por el que adquiriría directamente estudiando los hechos que aparecían ante él. "¿Cómo puede llegar a entender la naturaleza aquel que no la ve donde está?", se preguntaba, criticando a los que parecían creer que aquélla estaba en los libros.

En su libro *De la cuarta defensa de las causas de mis viajes* Paracelso escribió: "Por lo tanto estimo que hasta ahora he conseguido que mis viajes sean baratos y que han de ser para mí alabanza y no deshonra, de lo cual daré testimonio con la naturaleza. Quien quiera estudiarla debe entrar en sus libros con los pies. La escritura se investiga por sus letras, pero la naturaleza caminando de país en país. Los países son las hojas del libro de la naturaleza. También hay que pasar sus hojas."

Aquellos viajes, sus experiencias, los errores evidentes que encontró en los textos de Galeno y Avicena, le dieron un sentimiento no sólo de seguridad en sí mismo, sino de *superioridad* ante los demás médicos. Por eso decidió

llamarse *Paracelso*, es decir, *superior a Celso*, cosa que a usted, amigo lector, le resultará incomprendible, si no sabe que Celso fue un enciclopedista romano, cuyas obras, del siglo II de nuestra era, se respetaban mucho en el siglo XVI, aunque ahora nos parecen muy mediocres.

El 5 de diciembre de 1526 el consejo de la ciudad de Estrasburgo se dirigió a Paracelso, según consta en una carta, para ofrecerle plaza de médico en esa ciudad, lo que nos dice que nuestro personaje empezaba a gozar de fama. Sin embargo, prefirió dirigirse a Basilea, Suiza, donde Froben, un librero famoso en la localidad, acudió a él para que atendiera la enfermedad que padecía.

Paracelso, cuidadoso experimentador alquimista, llegó a la conclusión de que todos los procesos vitales eran fenómenos semejantes a los que se podrían observar y reproducir en sus morteros, hornos, retortas y alambiques; es decir, eran todos, los vitales y los no vitales, *fenómenos químicos*. Los cambios que llevaban de un mineral a una maravillosa espada toledana no eran, según Paracelso, de naturaleza distinta a los que determinaban la salud o la enfermedad en el ser humano. Fue él quien utilizó por primera vez el nombre de *fenómenos químicos* para designarlos, y el de *química* en sustitución del término alquimia.

Desde Jabir los cuatro elementos o sustancias fundamentales postulados por los pensadores griegos habían sido sustituidos en las tesis alquimistas por otros dos: el *azufre* y el *mercurio*. Debemos entender que para ellos no se trataba de las sustancias así llamadas actualmente, sino del *principio azufre*, en el que radican el calor y la capacidad de combustión de los cuerpos, y del *principio mercurio*, del que dependen la pesantez y la capacidad de aquéllos para presentarse líquidos y volátiles.

Paracelso, influido por el dogma religioso de la trinidad, añadió un tercer principio, el de la sal, que según él causaba la estabilidad ante el fuego y la solubilidad. Eran éstos, afirmaba nuestro personaje, los tres principios o *Tria Prima* que constituyen todas las sustancias de los



reinos mineral, animal y vegetal, al unirse en mezclas diferentes.

La salud en el ser humano, opinaba, es una consecuencia de la proporción correcta en que en él se mezclan, y la enfermedad surge cuando la mezcla se altera a favor de uno u otro de los principios. La melancolía y la parálisis se debían, según Paracelso, a un exceso del principio mercurio; la diarrea y la hidropesía a demasiado principio sal; el calor y la fiebre al exceso del principio azufre.

¿Cómo restablecer el equilibrio perdido y recuperar la salud? Incorporando al organismo enfermo determinados productos químicos, capaces de actuar en ese sentido. Paracelso utilizó fundamentalmente como medicamentos sales de metales pesados, sustancias que hasta ese momento habían tenido éxito como venenos.

Su paciente, el librero Froben, recuperó felizmente la salud, de manera que pareció milagrosa o mágica, y con este éxito, acompañado de la recomendación de Erasmo, el célebre humanista que vivía en la casa del librero, Paracelso se colocó como médico municipal de Basilea y como catedrático en una academia de medicina fundada junto a la universidad por el consejo de la ciudad.

¿Por qué no murió Froben si lo que nuestro personaje le suministró eran reconocidos venenos? Aquí se destaca una de las más importantes aportaciones de Paracelso: la sustancia que mata es la que puede dar vida; todo depende de la *cantidad en que se ingiera*, es decir, de su *dosificación*.

En su cátedra Paracelso destacó la importancia de suministrar la dosis adecuada y en consecuencia estableció también la necesidad de determinarla. De la mano de este principio introdujo el uso de derivados del arsénico, de sales de cobre, plata, plomo, mercurio (éste sí el metal) y antimonio, y también lo que llamó "leche de azufre" y el alcohol, nombre que Paracelso puso al que llamaban "espiritu de vino".

Las sales de mercurio, los derivados mercuriales, re-

sultaron especialmente útiles en el tratamiento de la sífilis, azote de la época.

Paracelso, consecuente con su idea de que "sanar significa restablecer un delicado equilibrio", insistió mucho en la necesidad de purificar las sustancias utilizadas como medicamentos mientras, por otra parte, buscó nuevas sustancias medicinales extrayéndolas de yerbas y plantas.

Como vemos, el gran objetivo del alquimista Paracelso no era usar su arte para obtener fácilmente oro y plata, sino para proporcionar la salud al ser humano, con lo que, al poner la química al servicio de la medicina, fundamentó la farmacología moderna.

Las ideas de Paracelso respecto a las causas de la enfermedad y cómo combatirlas representaban un rechazo a las ideas predominantes entre los médicos de la época, fielmente sujetos a las ideas de Galeno. Según este médico y filósofo griego del siglo II el organismo humano contenía cuatro fluidos o humores de cuyo equilibrio en el interior dependía la salud: la sangre, la bilis amarilla, la bilis negra y la flema, a cada uno de los cuales le correspondían dos cualidades, a semejanza de las que determinaban las cuatro sustancias fundamentales.

Paracelso, al negar la existencia de los humores y sustituirla por la de los tres principios, atacaba toda la tesis de Galeno, no sólo en sus aspectos teóricos sino también en los prácticos, es decir, en los relacionados con la forma de recuperar la salud. Nuestro personaje, al proponer una ruptura total con la antigua tradición, tenía necesariamente que ser identificado como un enemigo por la mayor parte de los médicos que lo conocían.

No contento con eso, en su cátedra de Basilea irritó aún más a los doctores y profesores de la universidad, quienes dictaban sus cátedras en latín, al impartir las suyas en alemán, lo que las hacía accesibles a todo el público, a lo que añadió sus burlas a la pomposa actitud de sus colegas que sentían necesario presentarse ante sus alumnos cubiertos por un manto rojo y adornados con un birrete, cosa que

jamás hizo Paracelso. "No necesito portar cota de malla o escudo para enfrentarme a vosotros, pues no sois lo suficientemente sabios ni experimentados para refutar una sola de mis palabras. . . Yo os lo aseguro: cualquiera de los vellos de mi nuca sabe más que vosotros y todos vuestros autores, y las hebillas de mis zapatos saben más que vuestro Galeno y vuestro Avicena, y mi barba tiene más experiencia que todas vuestras grandes escuelas. . ."

En 1527, durante la noche de San Juan, Paracelso organizó a sus estudiantes para quemar públicamente las obras de Galeno y Avicena, "para que el aire se llevara toda la desdicha con el humo".

Ofendidos e irritados, sus colegas lo persiguieron hasta conseguir su expulsión de Basilea, en 1529. Temiendo la violencia de sus enemigos, Paracelso salió secretamente de noche, mientras todos dormían, de Basilea, para volver a recorrer los caminos, de ciudad en ciudad, de posada en posada, de albergue en albergue, con su espada al cinto y montado a caballo, como un aventurero más del renacimiento. Convencido de su superioridad sobre los médicos, Phillipus Aureolus Teophrastus Bombastus ab Hohenheim siguió llamándose Paracelso, acudiendo de vez en cuando a ejercer su profesión de médico, cuando se requerían sus servicios.

En 1540, envejecido, fue llamado por el príncipe obispo de Salzburgo, Ernesto de Wittelsbach, para que lo atendiera en una grave enfermedad.

Allí murió Paracelso el 24 de septiembre del año siguiente, y fue enterrado, según sus deseos, entre los pobres, en una humilde tumba de uno de los cementerios locales.

### **Tratando de entender a Paracelso**

Cuando aún no se llamaba así, Paracelso había observado el trabajo de su padre, médico, el de los mineros y herreros, y había sentido interés por ellos. Más adelante se

había emocionado con los experimentos de Tritemius, el abad-alquimista, y su interés por los cambios de las sustancias se había acentuado.

Dos características suyas conviene destacar: la *capacidad de observación* y el *interés* por los fenómenos. Ambas lo llevaron a plantearse preguntas sobre el por qué y el cómo de los fenómenos vitales, el por qué y el cómo de la existencia, de la vida y la muerte, de Dios y el universo.

Buscando respuestas a sus inquietudes llegó a la universidad, para encontrarse con que las que daban los libros de texto y los profesores universitarios no le satisfacían. No lo convencían ni las tesis de Aristóteles sobre las cualidades de Dios, ni las de Galeno y Avicena sobre las causas de las enfermedades, ni las de los astrólogos acerca de las posibilidades humanas frente a la acción de los astros.

En la *Física* de Aristóteles, apoyándose en el estudio del movimiento, se establecía que el dios creador debía ser inmóvil, lo que para algunos teólogos europeos resultaba una limitación inaceptable a las cualidades divinas. Otra importante proposición en la misma obra se refería a la eternidad de la materia, idea que chocaba contra la tesis bíblica de la creación. Estas proposiciones, especialmente la segunda, llevaron en la edad media a la prohibición papal de leer la *Física* de Aristóteles, lo que se tradujo en una incapacidad occidental de hacer su crítica y superar sus contradicciones.

Paracelso se transformó en leyenda a partir de 1550 aproximadamente, y en los años posteriores sus escritos fueron objeto de incesante búsqueda y se publicaron en torrente con notas y comentarios. Sus seguidores, los llamados paracelsianos, constituyeron una escuela que se enfrentaba a los aristotélicos y galenistas, discutiendo sobre el curso que debían seguir la filosofía natural y la medicina. Hacia el final del siglo las obras completas de Paracelso se imprimían en extensas ediciones y el interés por su lectura perduró a lo largo de todo el siglo XVII y parte del XVIII.

Paracelso y los paracelsianos combatían contra la filo-

sofía natural de Aristóteles por considerarla sacrílega, y atacaban a las universidades empeñadas en sostener y transmitir las ideas tanto del Estagirita como de Galeno y Avicena; es decir, combatían no sólo contra Aristóteles sino contra el aristotelismo.

¿De dónde partía la crítica de Paracelso? Es importante decirlo: de sus convicciones religiosas, de la observación directa de la naturaleza y de la experimentación, aunque su concepto de lo que es un experimento y la función que cumple fuera completamente distinto del que nosotros tenemos y de la función que le asignamos.

¿Cuál era su instrumento, su medio de trabajo? Es aquí donde la química moderna tiene una deuda con Paracelso, pues para él la llave para tener acceso a la comprensión del universo era precisamente esta ciencia. La química representaba para nuestro personaje la base, el punto de partida, para una nueva comprensión de la naturaleza, para descifrar el cosmos. Paracelso entendía la creación misma como una manifestación de la magia divina. A finales del siglo XVI el paracelsiano Thomas Tymme declaraba que la creación había sido un proceso de "extracción, separación, sublimación y conjunción alquímica".

Con frecuencia los paracelsianos acudieron a la analogía para explicar el porqué de los fenómenos naturales. Así, el trueno y el relámpago fueron entendidos erróneamente por ellos como el producto de la unión del elemento azufre con el salitre en la alta atmósfera, al igual que ocurría con las sustancias azufre y salitre al encenderse la pólvora.

En cambio, acertaron al tratar de explicar los efectos benéficos de los abonos usados por los agricultores, al postular que contenían sales solubles esenciales para las plantas, en la que es quizá la primera hipótesis de trascendencia real en la agricultura.

La Tierra era, según Paracelso, un enorme laboratorio químico; el origen de los volcanes y manantiales podía ser explicado como un conjunto de fenómenos químicos, al igual que el cambio de los minerales, la concepción y desa-

rollo de los seres vivos, y finalmente, como ya hemos indicado, la salud y la enfermedad.

En opinión de Paracelso, una de las principales causas de la enfermedad se hallaba en el exterior del organismo; dependía de factores externos que se introducen en el cuerpo y se arraigan en órganos específicos, minando y debilitando su funcionamiento, usando su fuerza vital, tal como las semillas se introducen en la tierra y se desarrollan por medio del alimento que extraen de su entorno y de la fuerza vital o soplo, que creía introducido por Dios en todo ser vivo.

Pero también pensaba Paracelso que, de manera análoga, los metales se desarrollaban en el interior de la Tierra, a partir de "semillas" que crecían y evolucionaban, originando las diferentes vetas de minerales, idea en la que es fácil percibir la supervivencia del pensamiento prehistórico y que, como ya explicamos, originó la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la juventud. En efecto, la piedra filosofal era la sustancia maravillosa que, una vez lograda la "muerte" del metal original, previa "tortura" por el fuego y extinción de su "forma", era capaz de darle nueva vida, provocar su "gloriosa resurrección" en una forma distinta y perfecta, la del oro.

El elixir de la juventud, a su vez, era la sustancia capaz de cambiar la forma de la vejez por la "más perfecta" de la juventud, idea que sólo podía ser concebida en aquellos tiempos en que la vejez y el envejecimiento eran profundamente incomprendidos, tiempos en los que la fuerza y el vigor físico se valoraban por encima de cualquier otro valor. Pero por otra parte, ¿valoramos ya la vejez en nuestra época?; ¿la entendemos y aceptamos con resignación?; ¿no seguimos siendo víctimas del espejismo y mito de la juventud?; ¿cuántos de nosotros somos lo suficientemente sabios como para apreciar los valores de la llamada tercera edad?

Volviendo a nuestro tema, observemos que tanto la piedra filosofal como el elixir de la juventud eran *medios de perfeccionamiento*, constituían de hecho un solo y mismo



El oro era para los alquimistas la sustancia más pura que existía.

secreto: el del perfeccionamiento: en uno de la materia metálica; en otro del ser humano.

El verdadero alquimista no vivía obsesionado con la idea de hacerse rico fácilmente; vivía obsesionado por lograr el secreto del perfeccionamiento del cuerpo y del espíritu, y sería bueno rescatar esta preocupación en nuestros días y extenderla entre los seres humanos.

Por lo pronto, en su aspecto materialista, el perfeccionamiento de la materia constituye una de las aspiraciones de todo químico, sea o no consciente de ella, y al menos éste es un punto de encuentro con la filosofía de los alquimistas. En la filosofía de los paracelsianos se atribuía una importancia especial al aire, considerado esencial para la conservación del fuego y de la vida, pero también visto como causa de ciertas enfermedades.

Por analogía, razonaban que si el salitre y el azufre podían combinarse en la atmósfera para producir el trueno y el relámpago, o para producir, según creían, fuentes termales en la Tierra, al ser inhalados también podrían reaccionar dentro del cuerpo generando un cambio que actuara en favor de la ruptura del equilibrio de los tres principios, y provocar fiebre.

A principios del siglo xvii los paracelsianos habían asociado el salitre aéreo con una fuerza vital que, separada del aire impuro de los pulmones, se transformaba en sangre arterial. Por lo tanto, no es de extrañar que los médicos paracelsianos, a diferencia de la gran mayoría de los otros, se opusieran a las sangrías, tan practicadas comúnmente, por considerar que con ellas lo único que se conseguía era disminuir la "fuerza vital", el *archeus* del enfermo, cuando de lo que se trataba, según Paracelso, era de fortalecer este *archeus* frente al otro, el de la enfermedad, entendida como una vida que se desarrolla a expensas de otra, pensamiento que podría suscribir cualquier biólogo de nuestros días en relación con las enfermedades infecciosas causadas por virus o bacterias.

El verdadero médico, opinaba Paracelso, no ataca las



expresiones, los *efectos* de la enfermedad —como la elevación del calor, la fiebre— tratando absurdamente de neutralizarlos con su contrario. Ataca las *causas*, y una forma de lograr esto es tratar de debilitar la vida propia que constituye una enfermedad, debilitar ese *archeus* extraño de la semilla que, procedente del exterior, se desarrolla en el enfermo. ¿Cómo puede lograrse esto? Aquí entraba la alquimia del asunto; Paracelso trató de *envenenar* ese *archeus* extraño por medio de diferentes sustancias; trató de envenenar la enfermedad, atacó su mismo centro, la causa que la generaba.

Sin embargo, Paracelso concebía otro tipo de enfermedades distintas a las provocadas por agentes del exterior del cuerpo; creía que algunas enfermedades tenían su fuente en el propio organismo y que surgían de la mano de la corrupción del mismo, del deterioro de las “fuerzas” y los “cuerpos” que componen al ser vivo, idea que en nuestra época concebimos y aclaramos perfectamente. En éstas, como en las otras enfermedades, se genera un desorden, y la labor del médico debe dirigirse a lograr de nuevo el orden.

La corrupción interna produce impurezas que tienden a llenar de inmundicias al organismo envenenándolo; así la vida parece, irremediablemente, portar el germen de la muerte y conducir a ella: en el centro de la vida está la muerte; todo lo que existe muere y desaparece al cabo del tiempo.

Por tanto, ¿qué sentido tiene la vida?; ¿es un episodio absurdo en el devenir del tiempo?; ¿perecerá el mundo?; ¿perecerá el cosmos? No, contesta Paracelso, porque en la muerte se produce una transfiguración y nada regresa a su mismo punto de partida, ni es lo mismo al nacer que al morir. Aparece ahora la doctrina alquimista de la identidad fundamental entre los procesos naturales y los que ocurren en el interior del hombre, la doctrina de la similitud entre el “macrocosmos” que rodea al hombre y el “microcosmos” que lo conforma.

Es inadmisibile, opina Paracelso, que Dios haya creado el mundo sin ninguna intención, inadmisibile que lo deje desaparecer en la nada. Por el contrario, nada de lo que es y nada de lo que ha sido puede realmente desaparecer.

Éste es un pensamiento con el que, por diferentes motivos y entendiéndolo de diferentes maneras, pueden estar de acuerdo muchas y muy distintas personas, científicos y no científicos.

El hombre será transfigurado al morir y, paralelamente, el mundo también lo será, como lo será el universo entero; opinaba Paracelso, y así, transfiguradas todas las flores, todas las personas, todas las cosas, subsistirán eternamente.

La doctrina teológica de Paracelso culmina con su concepto del hombre, centro del universo y síntesis de todas sus maravillas, a quien se propuso servir con su actividad profesional como médico.

Sólo nos falta destacar una idea más, fundamental en la forma en que Paracelso concibe la enfermedad y la salud: las fuerzas extrañas capaces de producir la ruptura del equilibrio entre los tres principios que conforman al hombre no se limitan a las que se encuentran en la Tierra, rodeándolo o en contacto inmediato con él. Se extienden más allá del planeta, llegan a los demás planetas, al Sol, a las estrellas. Los astros intervienen en la historia de cada individuo y en la de la humanidad entera y los astrólogos, opina, tienen algo que decir al respecto.

En el clima moral, en el contexto de las ideas del renacimiento, se aceptaba que el mundo había sido creado por Dios, en un acto de magia divina, pero no se concebía creado *para siempre*. Por el contrario, se contaba con un final apocalíptico que, por añadidura, se creía próximo, dada la degeneración de las sociedades. Sin embargo, aun cuando abundaban los signos desfavorables, captados de la observación de los astros, de los acontecimientos políticos y de la presencia de azotes como la peste, algunas interpretaciones astrológicas concebían un renacimiento cíclico del mundo y de la vida.

La astrología adquirió un significado político en la medida en que los astrólogos, en las diferentes cortes, encontraban signos favorecedores a los intereses de los monarcas que les daban empleo.

El presagio, la profecía, eran más que populares en los siglos XVI y XVII; de hecho, la profecía constituía el material de lectura más difundido en todas partes y Paracelso fue ampliamente reconocido gracias a la difusión de sus profecías y sus críticas a las de otros astrólogos.

Paracelso escribió muchas profecías y criticó otras con gran escepticismo. Frente a la extendida posición de la mayor parte de los astrólogos que interpretaban las perturbaciones cósmicas como signo del disgusto de Dios y como aviso del castigo a punto de caer sobre los humanos, Paracelso opinaba que resignarse ante los signos adversos significaba subestimar el poder del hombre para contrarrestar la adversidad. Creía que si Dios enviaba señales a través de los astros no era para amenazar sino para advertir al hombre, y darle oportunidad de usar su albedrío para superar el mal.

“Así como en el curso del año nieva, llueve, o graniza, y hace calor o frío, así los cielos conforman el año, y debería entenderse que los cielos obran sobre nosotros de forma similar. Pero somos mucho más fuertes que el año, pues podemos mantener el clima a distancia y buscar lo bueno en lugar de lo malo. Hay en nosotros un eterno verano que nunca se halla sin frutas o flores. . . Así, deberíamos poner en marcha nuestros poderes interiores para no ser dirigidos por los cielos, sino por nuestra sabiduría. . .”

Queda claro que Paracelso pensaba que el intelecto humano era más fuerte que el poder y el ascendiente de los astros, y en consecuencia el destino de cada ser humano podía ser definido y controlado por el individuo que aprendiera a actuar con sabiduría, que aprendiera a utilizar la capacidad interior para resistir la influencia de las estrellas y para elevarse por encima de los cielos hasta alcanzar a Dios.

Paracelso creía en la capacidad humana para liberarse del influjo de los astros y desdeñarlo como se desdeña a un insecto, y era suficientemente astuto como para darse cuenta de que muchas de las profecías famosas de la época, como las del alemán Lichtenberger, atribuían propósitos divinos a fenómenos del orden natural cósmico, con intención política. A Lichtenberger lo acusó de tener una visión determinada por sus protectores y patrocinadores franceses, quienes aparecían como probables salvadores del mundo.

Y si esta forma de pensar pudo desarrollarla un personaje como el nuestro, antes de la revolución de los conceptos astronómicos iniciada por Copérnico en 1543, uno se pregunta cómo es posible que en nuestros días, con la enorme cantidad de información acumulada por nuestros astrofísicos, existan tantas personas mentalmente esclavizadas por las supercherías astrológicas, que parecen incapaces de levantarse de la cama antes de consultar su horóscopo.

Volviendo a Paracelso, su visión astronómica, su concepción del macrocosmos, era indispensable para elaborar su estudio del microcosmos humano. Éste no podía existir sin aquél, y su teoría partía de esta analogía entre el macro y el microcosmos.

De esta manera, el campo de los intereses y de las especulaciones de Paracelso se fue ampliando y se hizo tan vasto que su influencia rebasó con mucho los límites de la práctica médica. Por eso pensamos al empezar a escribir este libro que es un error decir simplemente que Paracelso fue un gran médico del renacimiento y la reforma, al igual que lo es caracterizarlo como alquimista.

Paracelso fue un gran médico y fue un notable alquimista, pero fue también un filósofo, un místico, un astrólogo. Mas sobre todo fue un rebelde, un hombre libre que buscó espacio para seguirlo siendo, un aventurero del pensamiento y también un aventurero trashumante de la vida real.

## Paracelso y la magia

Paracelso fue uno de los individuos más escépticos ante las creencias astrológicas y uno de sus más fuertes críticos. Pero si pensamos que esta actitud lo hace semejante a un hombre culto moderno y, aún más, a un científico, cometemos un error; porque todo su escepticismo y crítica no lo alejaron nunca de la aceptación de ideas como la de la divina plenitud, las jerarquías metafísicas, la creencia en la existencia de armonías y correspondencias fundamentales entre el mundo celestial y el terrestre llevadas a efecto por medio de agentes e inteligencias espirituales y otras semejantes. Su visión del cosmos era animista, es decir, lo consideraba vivo y dotado de alma.

Todo este conjunto de pensamientos y creencias constituían el fundamento intelectual de su aceptación de la presencia real de la magia, entendida como un ritual, como un saber dirigido a controlar las fuerzas causantes de los fenómenos naturales y hacerlas actuar bajo la voluntad del mago. La magia era aceptada como un ejercicio espiritual útil y valioso, aplicable tanto para la medicina como para la explicación de los fenómenos naturales.

Paracelso buscaba, en la observación cuidadosa y constante que practicaba en todos sus viajes, la auténtica variedad y extensión de las enfermedades, los organismos vivos y los minerales. El químico no podía esperar que las rocas lo visitaran; debía estudiarlas allí donde se presentaban los minerales, y estudiar en las diferentes localidades los distintos hábitos de los mineros y trabajadores; y lo mismo podía decirse de las enfermedades y de las especies de seres vivos.

Esto le permitía apreciar que las que él había visto eran mucho más numerosas que las que aparecían en los textos universitarios, y fundamentar su crítica. Pero en ningún momento dudó de la existencia de la magia. Por el contrario, pensaba que los autores clásicos habían perdido de vista la existencia de las fuerzas naturales y la posibilidad

de aprender a desatarlas y controlarlas a voluntad del mago.

El lado práctico, operativo, del conocimiento que llamaríamos científico, implicaba según Paracelso la puesta en acción de esas fuerzas naturales derivadas de los cielos y, en último análisis, de Dios.

La época del renacimiento, como dijimos al principio de este libro, se caracteriza, al igual que la edad media, por una aceptación general y extendida de la magia, la cual podía ser blanca o negra. Paracelso era de los que negaban la supremacía de la magia negra, pues para él Satanás no podía tener más poder que Dios, y éste se preocupaba por el bienestar de todas sus criaturas.

Paracelso, testigo de la presencia de las dos creencias, es partícipe de una y otra. Si bien era enemigo de la superstición, nunca pensó que la misma era patrimonio exclusivo de las clases populares, por lo que nunca se distanció de las creencias de estas clases. No encontró contradicción alguna en aceptar y amalgamar dichas creencias con sus observaciones directas, pero insistió en mantener "la brujería fuera de la medicina".

Creía en la existencia de espíritus malignos pero dudaba que tuvieran poderes para interferir directamente con los cuerpos terrestres, pues consideraba que permanecían en absoluta dependencia de Dios. Interpretaba que su papel se limitaba a actuar como intermediarios para activar fenómenos destructivos, como las tormentas, a petición directa de Dios, para castigar la maldad humana.

Una de las fuerzas más poderosas de que disponía una bruja para hacer daño a su víctima era el poder de su imaginación, mas Paracelso estaba convencido de que todo ese poder para dañar podía ser contrarrestado con la magia protectora: la cura debía relacionarse con el origen de la enfermedad. Si, por ejemplo, una persona sufría a consecuencia de la elaboración de una figura de cera, hecha por una bruja, el sufrimiento podía superarse con la destrucción que un mago hiciera de otra figura de cera.

En este terreno, Paracelso creía más en lo que decían



En la visión del mundo del hombre del renacimiento coexistían la magia y la ciencia.

los viejos, gitanos, viajeros y gente del pueblo, que en las opiniones de los doctores salidos de las escuelas de medicina. Y entre esa gente sencilla y esos tipos populares vivió Paracelso, más a gusto que en las casas de ricos burgueses y en los palacios de príncipes y arzobispos.

Su vida fue una aventura, fue sin duda un aventurero, un rebelde, pero por la amplitud de sus intereses y de su pensamiento, fue fundamentalmente un aventurero del pensamiento.

A continuación presentamos algunos textos extraídos de diversos escritos de Paracelso.

El pensamiento de nuestro personaje, al igual que el de otros filósofos alquimistas de la época, de difícil comprensión para el lector de entonces, no familiarizado con las tesis y símbolos de la alquimia, lo es mucho más para el moderno lector de sensibilidad, creencias y preocupaciones muy distintas.

En los contenidos de aquellas obras se presentan muchos símbolos, abstracciones, términos y conceptos, relacionados con los dogmas y creencias religiosos, dirigidos a un escaso número de lectores iniciados en las tesis alquimistas.

Para entender a Paracelso se requerían conocimientos profundos de teología y de alquimia, además de las teorías que sobre la acción de las fuerzas naturales, la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, se presentaban entre los estudiosos de aquel momento.

El autor hace aquí un reconocimiento muy especial a su colega, la doctora en química Magdalena Rius de la Pola, quien tradujo directamente del alemán algunos textos.



# Textos de Paracelso

# Textos de Paracelso

Los textos de Paracelso son una obra magna que en la historia de la medicina y de la alquimia ocupan un lugar preeminente. Su pensamiento revolucionario y su método de trabajo, basado en la observación y el experimento, marcaron el inicio de la medicina moderna.

Paracelso, cuyo nombre real era Alberto Magno, nació en 1493 en Eriswil, Suiza. Desde joven mostró un gran interés por la medicina y la alquimia. Su obra más importante es el "Tratado de la Medicina" (1530), donde expone sus teorías y métodos.

Paracelso revolucionó la medicina al introducir el uso de sustancias químicas y minerales en el tratamiento de las enfermedades. Su método se basaba en la preparación de medicamentos a partir de elementos simples, como el azufre y el mercurio.

El pensamiento de Paracelso se basaba en la idea de que la enfermedad era causada por la acción de los elementos químicos en el cuerpo humano. Él descubrió que el mercurio era tóxico, pero que en dosis pequeñas podía ser utilizado para tratar ciertas enfermedades. Su método se basaba en la preparación de medicamentos a partir de elementos simples, como el azufre y el mercurio.

Paracelso también descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana.

Paracelso también descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana.

Paracelso también descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana. Él descubrió que el hierro era esencial para la vida humana.

## Dedicatoria al señor y doctor Joachim de Wadt

Joachim de Wadt era uno de los protectores de Paracelso en Bruselas.

He aquí, excelentísimo señor de Wadt, que no he podido menos que publicar este primer libro de mis obras, en el cual, después de prolongados estudios, de día y de noche, busco instruir e informar sobre los secretos de la ciencia médica. Creo que esto beneficiará a quienes me lean más de lo que pueden imaginar, aunque no faltan quienes, por ello, me acusen de soberbio.

No me importa que me reprochen ser ignorante o apasionado. Sé que su habilidad o su ciencia en materia de medicina se podrá medir por la estima en que tengan a mis obras. Quien haya sido corrompido por los filósofos debe saber que eso lo incapacita ya para mi

“monarquía”. No espero tampoco elogio alguno de los seguidores de la teoría de los humores ni de los aficionados a la astronomía. Sé muy bien que dirán que mi física, mi cosmología, mi teoría y mi práctica son raras, novedosas, sorprendentes y hasta absurdas. No podría ser de otro modo, ya que ninguno de ellos ha adquirido mi nivel.

Puedo decir que no me asustan los muchos seguidores de Aristóteles, de Ptolomeo, de Razés o de Avicena. Lo que sí me preocupa es la mala voluntad, el derecho injusto, la rutina, el orden preestablecido. Pues os digo que nadie tiene más dones que los que ha sabido ganarse o adquirir por sí mismo.

Mas no seré yo el que llame a quien no quiera darse por aludido.

## **De los modos o maneras de curar**

Veamos los cinco orígenes, aptitudes médicas o modos de curar.

*I. Medicina natural.* Concibe a las enfermedades tal como lo enseñan la vida y la naturaleza de las plantas y, según lo que correspon-

Esta dedicatoria, en realidad epílogo en la obra original de Paracelso, constituye un excelente autorretrato de nuestro personaje.

El lector moderno encontrará sin duda un paralelismo entre las “sectas” de médicos consideradas por Paracelso y los grupos actuales: médicos naturistas, médicos homeópatas y alópatas, psicólogos, dietistas y místicos.



Grabado alquímico que representa a Avicena mostrando los principios de volatilidad y de fijación de las sustancias.

da en cada caso, por sus símbolos o concordancias. De esta manera, cura el frío por el calor, la humedad por la desecación, el exceso por el ayuno y la inanición por el aumento de las comidas. La naturaleza de estas enfermedades nos enseña que hay que tratarlas por medio de acciones contrarias. Los defensores y comentaristas de esta tendencia fueron, entre otros, Avicena, Galeno, y sus discípulos.

*II. Medicina específica.* Los seguidores de esta escuela tratan las enfermedades por la forma específica o "entidad específica". Por ejemplo, el imán no atrae al hierro por cualidades elementales, sino a través de fuerzas y afinidades específicas. Los médicos de esta tendencia curan las enfermedades por la fuerza específica de los remedios que emplean. A esta secta pertenecen también aquellos a los que llaman, con tono justamente burlón, *empíricos*, que usan y recetan purgantes, ya que los que administran purgantes imponen fuerzas extrañas que se derivan de lo específico, fuera de todo lo natural.

*III. Medicina caracterológica o cabalística.* Los seguidores de la

Alberto Magno (1193-1280) fue uno de los alquimistas más destacados de la edad media; hombre de iglesia, fue obispo de Regensturg, Alemania.

misma curan las enfermedades, según se sabe por sus libros y escritos, gracias al influjo de ciertos signos de extraño poder, que permiten dar o quitar ciertos influjos a los pacientes. Esto se puede lograr también por medio de la palabra. Es, en conjunto, un método subjetivo. Los maestros y autores más destacados de esta tendencia fueron Alberto Magno, los astrólogos, los filósofos y los dotados del poder de la hechicería.

*IV. Medicina de los espíritus.* Los médicos de esta escuela cuidan y curan las enfermedades por medio de filtros o infusiones, en los que atrapan el espíritu de ciertas hierbas o raíces, cuya sustancia ha causado la enfermedad (*similia similibus curantur*) [lo similar cura a lo similar]. Es igual que cuando un juez, que ha hecho encadenar a un prisionero, se convierte luego en su salvador, ya que es el único que, por medio de su poder y su palabra, puede devolverle la libertad. Los enfermos que padecen esas dolencias se pueden curar gracias al espíritu de esas hierbas. De esta secta formaron parte muchos médicos famosos, como Hipócrates y su escuela.

V. *Medicina de la fe*. Aquí la fe es el arma que lucha contra las enfermedades y triunfa sobre ellas: la fe del enfermo en sí mismo, en el médico, en la disposición favorable de los dioses. Creer en la verdad es causa de muchas curaciones.

## **Del método de la enseñanza médica**

*Advertencia sobre la necesidad de los médicos librescos y sobre la necesidad de que los conocimientos médicos sean universales*

A vosotros, los médicos y cirujanos que leáis este texto, gracias al cual alcanzaréis la categoría de médicos verdaderos, debo deciros que no porque marchemos por diferentes caminos debéis considerar que soy inhábil o ignorante en vuestros libros. No marchó con vosotros simplemente porque ni vuestro estilo, ni vuestra práctica, ni vuestro conocimiento —perfectamente erróneo— de las causas, me convence en nada, como demostraré a continuación.

Lo que más me asombra no es que vuestras curaciones milagrosas sean



tan raras, ni que sean tantos los enfermos que, tras someterse a vuestros cuidados, os hayan abandonado, sino el hecho de que, a pesar de ello, sigáis glorificando sin medida a vuestros maestros caldeos, griegos y árabes, ya que, según atestiguan sus escritos, sus enfermos corrían la misma suerte que corren hoy los vuestros, y la mayor parte de ellos morían.

La verdad es que ni sus libros contradicen los míos, ni sus métodos (de los que en realidad no tenéis ni la menor idea) impugnan en absoluto los que yo practico.

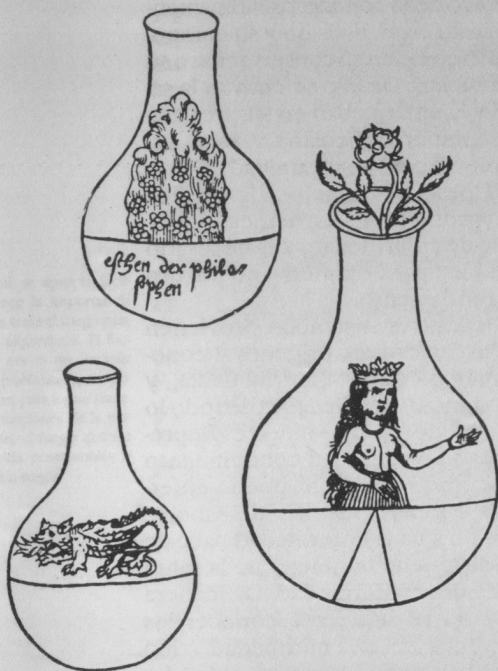
Si en mis libros omito muchas cosas es porque se las encuentra ya de manera correcta en las obras antiguas, lo que reconozco y señalo siempre que procede, sin negar a cada autor lo que de original contiene. Sin embargo, sólo me expreso de ese modo cuando hablo de la medicina natural, en la que pretendéis, con tanta insolencia, ser considerados sabios eminentes. Ya que rechazáis con tanta arrogancia el saber de las otras cuatro escuelas, debo deciros que lo hacéis, simplemente, porque no las habéis comprendido ni estudiado.

Pese a todo lo que decís, Hipócrates ha estado mucho más cerca de la escuela del espíritu que de la medicina natural, aunque no haya mencionado esas diferencias en sus escritos; Galeno estaba mucho más de acuerdo con la medicina caracterológica y con los presagios que con la medicina natural, y algo similar puede decirse de muchos otros autores.

También os diré que los secretos, misterios y fuerzas sobrenaturales suelen permanecer ocultos o escondidos, por lo que hay que buscarlos por los caminos más largos y seguros, que nos permitan observar, recorrer, repasar y comparar nuestras observaciones con todo detenimiento.

### **Donde se explica el principio del fuego y de la metodología médica**

Lo primero que debe saber todo médico es que el hombre puede estar compuesto por tres sustancias, pues aunque provenga de la nada ha debido ser construido con algo, que es lo que dividimos en



Las tres sustancias elementales de Paracelso: sal, azufre, y mercurio.

tres. En éstas se encuentra todo lo que de bueno y malo posee el hombre como entidad física. Por eso el médico debe conocerlas íntimamente, tanto en su división y su composición como en su conservación o su disolución. De ello se derivan la salud y la enfermedad en sus tres grados: mínima, mediana y total, así como su peso y su cantidad.

El peso, el número y la medida son propiedades específicas del estado de enfermedad, y es necesario establecer de manera inequívoca su fundamento.

De las tres sustancias provienen todas las causas, orígenes y conocimientos de las enfermedades, y los signos y propiedades de todo lo que ha de saber el médico. Representan el camino al conocimiento de cómo el hombre puede enfermar y sanar; pues ha de saberse que no sólo la enfermedad nace de la salud, sino también que la salud nace de la enfermedad. De manera que no es suficiente conocer los orígenes de la enfermedad, sino que hay que conocer también las formas en que puede perturbarse la salud.

Lo que ocurre es que los médicos

torpes han terminado por opacar la luz de la naturaleza debido a su ignorancia de las tres sustancias, y por erigir su ciencia sobre la única base de las fantasías que han producido sus pobres cerebros. Nunca han pensado que no puede haber en las enfermedades o en el hombre ninguna verdad fundamental que no haya recibido su luz de la naturaleza.

Aquí se aprecia fácilmente la importancia que tenía el fuego para los alquimistas. El fuego era el medio más importante que poseían para lograr transformaciones de la materia; el fuego quitaba la vida, pero también la hacía surgir.

Así como el oro se puede someter a prueba hasta siete veces por el fuego, el médico debe probarse por el fuego siete veces y aún más, ya que el fuego, a su vez, probará las tres sustancias y las mostrará puras, limpias y sencillas. Por eso no puede decirse que algo ha sido debidamente probado si no ha sido probado aún por el fuego.

El fuego, al separar y consumir las impurezas, termina por hacer aparecer las tres sustancias puras. Y el médico será probado según el arte teórico y práctico en que se haya iniciado bajo el bautismo del fuego. Porque estos tres principios, estas tres sustancias, no pueden ser percibidos por los ojos de los ignorantes, y no se dejan captar fácilmente; es precisamente el fue-

go el que develará la oscuridad que los envuelve y los mostrará con claridad a nuestros ojos.

Es necesario que las causas de la salud y la enfermedad sean visibles claramente y que sobre ellas no se proyecte la menor oscuridad; por ello me he referido al fuego, en el cual se ocultan todas las cosas y bajo cuya acción se ponen de manifiesto. De esta visibilidad surgen los testimonios de la ciencia médica.

Por eso el médico lo es con la medicina, y no sin ella, ya que ésta es anterior a él y existe por sí misma, de donde se comprende que su estudio está en la observación de los hechos, y no en la imaginación del médico.

En materia de medicina se requieren la sabiduría, el arte teórico y la práctica del médico. En efecto, sólo los médicos pueden considerar y declarar erróneo todo lo que no se encuentre en la naturaleza y sólo sea resultado de una opinión preconcebida. Pues el fuego le ha sido confiado a los maestros, no a los discípulos.

Aclararé esto. En el interior del hombre, por brillante que sea su genio, no hay nada que pueda con-

vertirlo en médico. No tiene nada que forme parte del arte de la medicina, pues en ese sentido su espíritu está tan vacío como un cesto; pese a ello, ese espíritu —ese cesto— está en condiciones de guardar los verdaderos tesoros que se le pueden entregar. Carece todavía de experiencia, de ciencia y de arte médico, pues todo lo que aprendemos y experimentamos debe estar encerrado durante un tiempo, para poder ser aplicado después en el momento oportuno.

Pensad en estos dos ejemplos:

Preguntaos de dónde o de quién ha recibido el vidriero su arte. Estadéis de acuerdo conmigo en que no ha sido de sí mismo, ya que su razón no le basta para conocer los fundamentos de su arte, pese a lo cual no necesita otra cosa que tomar la materia y echarla al fuego para que la luz de la naturaleza haga aparecer ante sus ojos el cristal.

En cambio el carpintero que construye una casa puede alcanzar ese arte sin más impulso que su meditada iniciativa, siempre que cuente con un hacha y con la madera adecuada para su trabajo.

El médico es como el vidriero;

aunque tenga frente a sí un enfermo y los diferentes medicamentos, carece de la ciencia y del conocimiento de las causas. Pero, si cuenta con el hacha y la madera del carpintero, puede llegar a ser un verdadero médico. De cualquier manera, aunque como buen artesano se consiga una buena hacha y se esfuerce luego por aprender a usarla correctamente, necesitará el fuego para que se le revele el tesoro oculto, es decir, para que la farmacopea y la ciencia de su inteligencia logren el propósito de su medicina, lo cual sólo corresponde al médico.

Quienes desconocen la ciencia médica, es decir, los que se atienen a su propia razón y no reconocen maestro alguno, son sencillamente amasadores de arena, ya que lo que enseña el fuego no se comprueba ni se comprende sin el fuego.

La medicina tiene que estar presente y resultarnos tangible de la forma más evidente que sea posible, a fin de que podamos tocarla visiblemente, no como si estuviéramos soñando, y palparla en su materia, no como si fuese una sombra.

Lo que pasa es que los que no saben ver con la mirada del fuego



han pensado que la medicina era algo invisible, y a eso se debe el error sobre el que se basaba el inestable edificio de su incierta y tambaleante medicina.

Sin embargo, las explicaciones que acabamos de dar no bastan para entender que existen cuatro humores distintos en el hombre. Esto corresponde a la fe, pese a lo cual quiero insistir en que la medicina debe crearse ante la mirada, no ante la fe, a menos que se trate, desde luego, de las enfermedades del alma. La medicina del cuerpo puede verse sin fe alguna.

Claro está que también hay cosas erróneas, así como hay religiones erróneas. No basta con decir "¡Señor, Señor!" para curarse de un hechizo. Tampoco es suficiente con que un falso médico ordene una medicina y le diga a su enfermo: "¡Haz tal cosa!", porque no consigue el menor resultado.

En resumen, debemos conocer y explorar las tres sustancias, no mediante nuestra sola inteligencia, sino disolviendo su naturaleza y averiguando sus propiedades.

Todo médico llega a serlo mediante el conocimiento del mundo

y, en él y por él, mediante el conocimiento del hombre. No son éstas dos cosas sino una sola, que finalmente será complementada por la experiencia.

## De las tres primeras sustancias

De todas las sustancias que existen en el mundo, hay tres que encontraremos siempre en el cuerpo de todos los seres. Estas tres sustancias, azufre, mercurio y sal, por su unión, componen los cuerpos, a los que no puede añadirse nada más, excepción hecha del soplo de la vida y todo lo que con él se relacione. Siempre que toméis un cuerpo, cualquiera que éste sea, tendréis en él, aunque invisibles, las tres sustancias reunidas en una sola forma. Hablaremos de ellas ya que, en la forma en que existen, se encuentra toda la salud.

Si tenéis en la mano un trozo de madera, el testimonio de vuestros sentidos os dirá que se trata de un solo cuerpo. Pero hasta el último campesino puede ver lo mismo, de modo que esto no puede represen-

Recordemos que no se trata de las sustancias que nosotros conocemos actualmente como azufre, mercurio y sal, sino de tres "principios" de características diferentes a las de estas sustancias modernas.



Grabado alquímico que ilustra la volatilidad del azufre. El feto en su vientre representa la piedra filosofal.

taros el menor beneficio. Debéis saber, en cambio, que tenéis en las manos el azufre, el mercurio y la sal, y si alcanzáis a ver estas tres cosas por separado, ya sea por su aspecto o por su contacto, tendréis finalmente los ojos y la mirada de un verdadero médico, ya que éste debe ver tan bien estas tres sustancias como ve el campesino la simple madera.

Las tres sustancias se hallan también en el cuerpo del hombre. Aunque en los huesos humanos el azufre, el mercurio y la sal están juntos, para poder decir que sabéis lo que es un hueso y la causa y forma de sus enfermedades, tenéis que poderlos examinar por separado. Ya que si bien todos somos capaces de percibir las apariencias exteriores, sólo los médicos tenemos esa especial visión interior que nos proporciona el secreto de las cosas.

Veréis que en todas las cosas están las tres sustancias, perfectamente independientes entre sí. Al verlas, el médico consigue algo que no logran ni el impostor ni el ignorante. Por ello es preciso conocer primero esas sustancias y sus propiedades en el macrocosmos,

En la cosmovisión alquímica de Paracelso el macrocosmos es el universo, y el microcosmos el de cada ser particular.

para después poderlas hallar fácilmente en el hombre, el microcosmos, lo que nos permitirá comprender lo que él es y lo que en él existe.

Para que se comprenda mejor, regresemos al ejemplo de la madera. Si quemáis la madera y observáis el resultado, veréis que hay una cosa que arde —el azufre—, una cosa que despidе humo —el mercurio— y otra cosa que queda convertida en cenizas —la sal—. Ante este fenómeno de la madera que se quema el ignorante queda desconcertado, pero el médico obtiene un principio de la mayor importancia, ya que se prepara para tener ojo clínico.

Hemos encontrado, así, las tres sustancias separadas unas de otras, y visto que todos los cuerpos las contienen de igual manera. Si bien esas sustancias no se perciben siempre a primera vista, bajo la influencia del arte pueden revelarse y volverse visibles.

Sólo el azufre arde, sólo el mercurio puede convertirse en humo, sólo la sal puede dejar cenizas.

La ceniza es la sustancia de que se compone la materia de la madera. Y aunque no es la primera sustancia, sino la última, sirve de tes-

timonio de que existe la materia primera y que junto a ésta, y también junto a la materia segunda, está unida en el cuerpo vivo.

Donde veáis humo estará la segunda sustancia, volatilizada y sublimada por el fuego, porque aunque el mercurio no sea visible aislado en su primer estado, lo es en el momento de su huida, para la cual se transforma en humo, condición en la cual no puede fijarse.

De igual modo, todo lo que arde y se nos presenta a la vista en magníficas brasas es el azufre. Porque, así como el mercurio se sublima debido a su volatilidad, el azufre —que es fuego— es la tercera de las sustancias que forman parte de los cuerpos.

De esto debemos deducir una teoría que nos permita establecer con claridad la naturaleza del mercurio, del azufre y de la sal que encontramos tanto en la madera como en todos los demás cuerpos, y asimismo la forma y el grado en que contribuyen a la composición del hombre (el microcosmos). Puesto que el cuerpo del hombre no es otra cosa que mercurio, azufre y sal, sustancias en las que consisten la salud y la enfermedad y todo lo

Los cuatro elementos son las cuatro sustancias fundamentales, agua, tierra, fuego y aire. El nombre de "elemento" fue propuesto por Cicerón y a partir de entonces en lugar de referirse a las sustancias se hizo referencia a los elementos.

que se relaciona con cualquiera de estos dos estados.

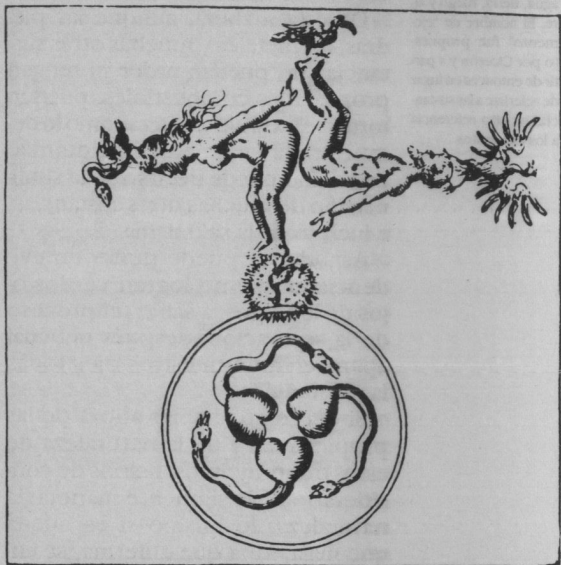
Insisto en esto porque es en estas tres sustancias, y no en los cuatro elementos o cualidades, donde radica la razón de las enfermedades.

De esta manera, aunque las piedras, los metales y muchas otras sustancias no puedan arder ni tengan propiedades combustibles, pueden tornarse incandescentes, como lo demuestra la ciencia de la alquimia. Lo mismo puede decirse de la sublimación de muchas otras sustancias, e incluso de la sal misma.

Así, el arte puede poner en evidencia lo que no logran ver los ojos de los legos, a saber, el proceso de la separación, después del cual aparecen ante nuestros ojos todas las sustancias.

Si queremos hablar ahora de las propiedades y de la naturaleza de estos tres principios, hemos de considerarlo de la siguiente manera: la naturaleza, lo mismo si es buena que mala, sana que enferma, se encuentra en el mercurio, en el azufre y en la sal. Y cada una de esas sustancias posee una naturaleza propia y característica.

Si en un mismo cuerpo se mez-



Las tres sustancias elementales de Paracelso poseían cualidades masculinas y femeninas.



clan estos tres principios, sus tres naturalezas se manifiestan bajo una única forma; sin embargo, ésta expresará el predominio de cada naturaleza individual, no de la sustancia común que se produce como resultado.

En principio todas las naturalezas son buenas, pero pueden no ser favorables; en ese caso aparece la enfermedad. Esto nos permite conocer qué parte de la naturaleza se separa, puesto que sólo cuando una de sus partes se separa se pueden ver con claridad las demás. Es decir que habrá tantas enfermedades como naturalezas existan.

El médico debe saber, entonces, que las enfermedades son consecuencia de la perturbación de las tres sustancias, y no de los cuatro elementos, que ni por su fuerza ni por su naturaleza tienen ninguna relación con la medicina.

Mientras el azufre, el mercurio y la sal se mantengan con vida los seres humanos no enfermarán, pero sí lo harán tan pronto como estos elementos se disuelvan. Por eso para los médicos es de tanta importancia comprender cabalmente el proceso de esta separación, ya que

la vida, como una tela que cubriera todo esto, nos oculta los principios de estas sustancias. Por ejemplo, el hombre, mientras vive, es bello y espléndido, y con la muerte sufre una extraordinaria destrucción; lo mismo ocurre cuando sólo muere en él uno de sus miembros y se disuelve en las tres sustancias. Mas no hay que olvidar que todo lo que es en la muerte lo es, igualmente, en la vida. Todo cuerpo que mantenga sus tres sustancias unidas se conserva en buena salud, pero si estas sustancias se disgregan estaremos en presencia de verdaderas enfermedades.

Es en la separación como el médico debe conocer todas las cosas; sólo así podrá saber qué es lo que se ha separado y remediar el principio que en cada caso corresponda. Si no procede de esta manera no le quedará más que el principio de muerte, que es la destrucción de toda soberanía.

En resumen, el azufre, el mercurio y la sal son las tres sustancias primeras; permanecen ocultas durante la vida, y con la conclusión de la vida se revelan y manifiestan.

Es necesario que los médicos co-

nozcan todos los nombres, géneros y especies de estas sustancias, a fin de que ante cualquier enfermedad sean capaces de decir: "Esta enfermedad ha sido causada por tal o cual cosa." Y cuando la alianza entre las sustancias se rompa, digan: "La causa de la ruptura es tal o cual, y esta ruptura se ha producido de esta o aquella manera." No han de decir: "Esto ha sido provocado por la cólera, la melancolía o la flema", sino: "Esto lo ha motivado este hombre." Es mejor y más exacto decir: "La causa es el hombre" que decir: "La causa es la cólera." No puede hacerse mejor comparación que la de la enfermedad con el hombre mismo.

Sabed, pues, médicos, que todo lo que es enfermedad debe ser referido al hombre, por lo que hay que atribuirle los tres elementos, las tres sustancias, los cuatro astros, las cuatro tierras, las cuatro aguas, los cuatro fuegos, los cuatro aires y todas las condiciones, costumbres, propiedades y naturalezas sin las cuales no puede existir enfermedad alguna; de esto os olvidáis al escribir que las enfermedades provienen de los cuatro hu-

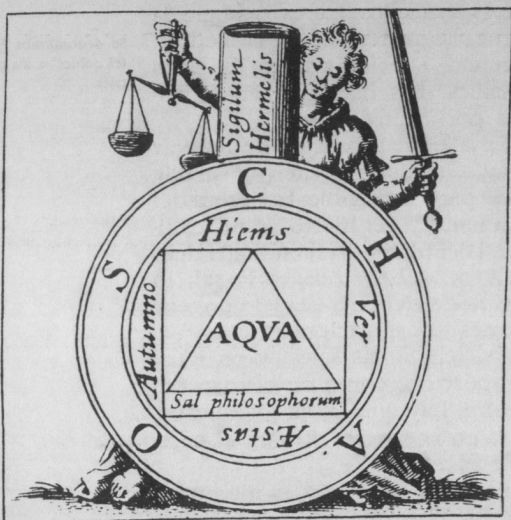
mores, que nunca han tenido la menor afinidad con los elementos ni con las sustancias.

### **De la naturaleza de las tres sustancias y la influencia de las estaciones y de la putrefacción**

Es necesario comprender cómo están unidas estas tres sustancias en un solo cuerpo. Cuando en una nuez encontramos madera, corteza y raíces, comprendemos que, aunque estas tres cosas estén realmente presentes, la semilla es una, por lo que las tres cosas aparecen unidas.

En el hombre ocurre lo mismo: es también una semilla, y su corteza está representada por el esperma. Nadie ha podido ver esta semilla, dada su pequeñez, pero es ella la que engendra a los hombres. Cuando comienza a formarse un ser humano estas tres cosas se entrecruzan y mezclan; cada una de ellas se une con su propia naturaleza en un solo cuerpo, no en tres, así como el hombre crece en una combinación de carne, hueso y sangre, como un ser único, en el cual permanecen, mien-

Anton van Leeuwenhoek, el iniciador de la microscopía, fue el primero en observar semen humano, en 1677.



Grabado alquímico que representa a la sal filosofal y su principio de solubilidad.

tras dura su vida, los tres componentes invisibles.

Veamos ahora cuál es la función de cada una de estas tres sustancias. El azufre rige el crecimiento del cuerpo. De hecho, todo el cuerpo es azufre, aunque tan tenue que se consume constantemente en un fuego invisible. Hay muchos azufres; la sangre, la carne, las partes nobles, la médula, etcétera, son los azufres llamados volátiles. Los huesos están formados por azufres fijos.

La sal tiene la función de generar la aglutinación del cuerpo; sin ella nada parece tangible. La dureza del diamante y del hierro, la maleabilidad del plomo, la tersura del mármol, se deben todas a la sal; lo mismo se deben a ella las congelaciones y coagulaciones.

Existen tantas sales, y en igual proporción, como en el caso del azufre; hay una sal en los huesos, otra en la sangre, otra en el cerebro, etcétera.

El tercer principio, el mercurio, también llamado por mí "licor", se encuentra asimismo en todas partes, en las mismas proporciones que el azufre y la sal.

El azufre arde debido a su pureza;

Se denominaba "partes nobles" a los genitales.

Álcali es un término árabe, que se conserva hasta la fecha para las sustancias denominadas también *bases*, es decir las que neutralizan a los ácidos.

la fijeza de la sal la convierte en álcali, y la fuerza del fuego provoca la huida del mercurio en forma de humo, pese a lo cual nunca llega a arder verdaderamente.

Si un árbol se ve privado de su savia, se seca; de la misma forma, nada puede subsistir sin el azufre, ya que todas las disoluciones nacen de las tres sustancias.

Tampoco puede lograrse aglutinación alguna si falta la sal, pues de ser así el tronco del árbol se desgajaría y caería.

Cuando crece el cuerpo se incrementa en una sola naturaleza, como si fuese un peral. E igual que el peral, no producirá más que una sola especie —siempre la misma— de peras. Lo mismo debe decirse de todos los demás árboles, pues en el microcosmos hay tantas especies como frutos hay en la naturaleza.

De esto se deduce que quien conozca la pera conocerá, igualmente, el árbol que la produce, así como las tres sustancias que le corresponden. Y lo mismo puede decirse acerca de las enfermedades.

Así, cuando un médico ve a un enfermo, debe ser capaz de decir si se trata de una pera o de una man-

zana. Y las tres sustancias han de serle tan familiares en el paciente como lo son en el árbol.

A eso se debe que esas tres sustancias produzcan peras de una sola clase, y no de tres clases. Las enfermedades también deben ser conocidas de manera triple: por su cuerpo sulfuroso, por su licor mercurial y por la consistencia que les proporciona la sal. La medicina adecuada para estas enfermedades será, entonces, un fuego que las consuma, el fuego de la esencia, sin el cual no existe ninguna medicina.



# Índice analítico y glosario

## **África**

18, 20

## **Abdera**

32

**Academos:** Ateniense rico e ilustre, en cuyos jardines y edificios Platón impartió sus clases y estudió Aristóteles.

37

**Adriano:** Emperador romano (76-138); sobrino del emperador Trajano y gran admirador de la cultura griega. Unificó y consolidó el vasto Imperio romano.

42

## **Agrigento**

32, 34

## **Al-Andalus**

*véase* Andalucía

**Alberto Magno:** Obispo y erudito alemán (1193-1280), maestro de santo Tomás de Aquino. Adaptó la filosofía aristotélica al pensamiento medieval.

50, 75

**álcali:** Se llama así a las sustancias básicas o bases, que tienen la propiedad de neutralizar los ácidos.

99

## **Al-Djabir ibn Hayyan**

*véase* Jabir

## **Alejandro VI**

29, 42, 45, 46

## **archeus**

*véase* fuerza vital

**Alejandro VI:** Papa español, también conocido como papa Borgia (1431-1503); corrupto y ambicioso, distante de los valores espirituales, fue uno

de los personajes que contribuyeron a desencadenar la reforma protestante.  
20

**Alemania**

22, 27, 51, 75

**Alfonso VI:** Rey español (1040-1109), llamado también "el Bravo"; gobernó los reinos de León y de Castilla.

49

**Alpes**

22

**alquimia:** Era el arte de liberar de su existencia temporal a las distintas partes del cosmos para lograr la perfección, que en los metales suponía su conversión en oro, y en el hombre se identificaba con la inmortalidad.

29, 46, 47, 50, 68

**América**

18

**Anaximandro:** Filósofo griego (610-546 a. C.); sostenía que la sustancia prima era lo etéreo, que llamó *apeiron*.

33

**Andalucía**

46

**Anjou**

21

**Aquino, Tomás de:** Teólogo italiano (1224-1274), uno de los grandes escolásticos medievales. Sus obras influyeron en la sistematización de la teología de la iglesia católica.

28

**Aragón**

20

**Aristóteles:** Filósofo y científico griego (384-322 a. C.) que revisó todos los campos del conocimiento de su época.

16, 17, 35, 37, 38, 39, 45, 51, 56, 57, 72

**Arquímedes:** El más famoso matemático e inventor de la Grecia antigua (287-212 a. C.).

45

**Artemisa:** Diosa griega de la caza, cuyo templo en Éfeso es una de las siete maravillas del mundo antiguo.

34

**Asia**

29

**Asia Menor**

29, 32

**Atenas**

37

**átomo:** Según Demócrito, la partícula más pequeña e indivisible de la que está compuesta la materia.

38

**Austria**

20

**Averroes:** Filósofo árabe (1126-1198). Integró la tradición islámica al pensamiento griego. Comentó la mayoría de las obras de Aristóteles.  
15, 17

**Avicena:** Médico persa (980-1037). Hizo importantes contribuciones a la medicina y contribuyó a preservar la filosofía aristotélica.  
15, 51, 55-57, 72-74

**azufre:** Uno de los tres principios o sustancias fundamentales de Paracelso.  
48, 52, 53, 79, 86-89, 91-94, 98, 99

**Bacon, Roger:** Monje, filósofo y reformista inglés (1120-1292), que proponía el uso de las ciencias experimentales, criticando el escolasticismo. Estudió matemáticas, astronomía, óptica, alquimia y lenguas.  
50

**Bagdad**

47

**baño María:** Técnica inventada por una alquimista egipcia, María, que se utiliza para calentar una sustancia por debajo de su punto de ebullición.  
43, 44

**Basilea**

11, 52-55

**Belcebú:** Uno de los nombres dados al diablo, príncipe del infierno.  
25

**Bizancio**

20, 45

**Bombastus ab Hohenheim:** Padre de Paracelso.  
25, 28

**Bosnia**

20

**Bruselas**

71

**Carintia**

28

**Carlos V:** Rey de España y emperador de Alemania (1500-1558), uno de los protagonistas de las guerras hegemónicas europeas.  
22

**Carlos VIII:** Rey de Suecia de 1448 a 1470, aproximadamente.  
21, 22

**Celso:** Enciclopedista romano del siglo I. Se le considera generalmente como el más importante escritor sobre medicina de la antigua Roma.  
52

**Chemnis**

*véase Zósimo*

**Cicerón, Marco Tulio:** Político romano (106-43 a. C.), famoso por su elocuencia y habilidad para la oratoria.  
91

**Clazomene**

32

**Constantinopla**

20, 51

**Copérnico, Nicolás:** Astrónomo polaco (1473-1543). Fue el primer europeo que afirmó que el Sol, y no la Tierra, era el centro del sistema planetario.

18, 64

**Córdoba**

49

**Cristóbal Colón:** Navegante genovés (1451-1506). Llegó a América en 1492.

20

**Demócrito:** Filósofo griego (460-370 a. C.) que contribuyó a la formulación de la teoría atómica.

38, 39

**Dioscórides:** Médico griego del siglo I. Una de sus obras, *De materia medica*, que trata de botánica y farmacéutica, fue consultada durante 16 siglos.

45

**Éfeso**

32, 34

**Egeo**

32

**Egipto**

20, 29, 42, 45, 46

**Einsiedeln**

28

**Elea**

32

**elemento:** Sustancia simple que no se puede descomponer en otras: 91; véanse antimonio: 53; arsénico: 53; azufre: 50, 57, 60, 86; cobre: 47, 49, 53; hierro: 30; mercurio: 47, 49, 53, 86; oro: 42, 44, 49, 58, 59, 81; plata: 53; plomo: 42, 47, 49, 53.

**elíxir de elixires**

véase piedra filosofal

**elíxir de la juventud:** Sustancia o principio alquímico que se suponía rejuvenecía al que lo tomara.

11, 58

**Empédocles:** Filósofo y médico griego (492-432 a. C.). Autor de la teoría de los cuatro elementos fundamentales: aire, agua, fuego y tierra.

33, 34, 39, 41

**Erasmus de Rotterdam:** Humanista holandés (1466-1536), primer editor del Nuevo Testamento.

11, 53

**España**

20-22, 45, 46, 51

**espíritu de vino:** Antiguo nombre del alcohol.

28, 46, 53

**Estagira**

35

**Estados Pontificios**

20

**Estrasburgo**

52

**éter:** Según Aristóteles era la quinta sustancia, la cual es inmutable y eterna. En ella flotan los planetas y las estrellas.

41

**Etna**

34

**Euclides:** Matemático griego (325-270 a. C.). Su gran obra fue un tratado de geometría, *Los elementos*. Creó lo que conocemos como geometría euclidiana.

45

**Europa**

15, 16, 20, 29, 50, 51

**Fernando II:** Mejor conocido como Fernando el Católico, rey de Aragón y de Castilla (1452-1516). Unió los reinos de España en una sola nación en expansión.

20

**Ferrara**

51

**Florencia**

20

**Francia**

21, 22, 51

**Francisco I:** Rey de Francia de 1515 a 1547. Fue patrono de las artes y las humanidades del renacimiento.

22

**Froben**

52, 53

**Fúcar**

50

**fuerza vital:** Principio que, según Paracelso, da vida a la materia.

60, 61

**Galeno:** Médico griego (130-200). Realizó importantes estudios anatómicos y fisiológicos que la medicina escolástica adoptó y conservó durante 12 siglos.

45, 51, 54-57, 74, 78

**Galia**

45

**Geber**

*véase* Jabir

**Génova**

20

**Genserico:** Rey de los vándalos y los alanos de 428 a 477. Conquistó gran parte del África romana y saqueó Roma en 455.

45

## Grecia

20, 35

**Gutenberg:** Artesano e inventor alemán, muerto en 1468. Su invención de los tipos móviles revolucionó la imprenta.

17

**Harún Al-Raschid:** Califa de Bagdad (766-809), protagonista de numerosos cuentos de las *Mil y una noches*.

47

**Heraclio:** Emperador romano (575-641), bajo cuyo gobierno el imperio perdió Palestina, Siria, Egipto y la Mesopotamia bizantina.

45, 46

**Heraclito:** Filósofo griego (540-480 a. C.). En su cosmología el fuego era la materia básica del universo.

33, 34, 37-39

**Hermes Trismegisto:** Mítico sabio egipcio al que se le atribuían diversos textos sagrados.

44

## Herzegovina

20

**Hipócrates:** Médico griego (460-370 a. C.) Se lo llama el padre de la medicina, porque fue el primero en proponer que el médico aprende del enfermo, no de la teoría.

45, 51, 75, 78

**íncubos:** Demonios masculinos que copulaban con las mujeres dormidas. Los productos de esta unión eran brujas, demonios u hombres demoniacos, como el legendario mago Merlín.

26, 41

## Inglaterra

41

**Inocencio VI:** Papa de 1484 a 1492. Fue un ferviente perseguidor de la brujería en Europa, especialmente en Alemania, donde la persecución se llevó a cabo de manera brutal.

25, 27

**Instutor, Heinrich:** Inquisidor alemán que, autorizado por el papa Inocencio, inició en Alemania una sanguinaria caza de brujas.

25

## Italia

20, 21, 32, 51

**Jabir:** Alquimista árabe (721-815). Se le llamó el padre de la alquimia árabe. Propuso que todo estaba formado por los principios azufre y mercurio.

47, 49, 52.

**Juan Bautista, san:** Santo de la iglesia católica.

55

**Julio II:** Papa de 1503 a 1513, gran patrono de las artes.

22

**Kepler, Johannes:** Astrónomo alemán (1571-1630). Describió las órbitas elípticas que trazan los planetas alrededor del Sol.

17

**Leeuwenhoek, Anton van:** Biólogo y microscopista holandés (1632-1723). Fundador de la microscopía. Fue el primero en observar bacterias, protozoarios y semen humano a través de las lentes que tallaba.

96

**Leucipo:** Filósofo griego, que nació alrededor de 490 a. C. Según Aristóteles y Teofrasto, fue el creador original de la teoría atómica.

38, 39

**Lichtenberger:** Profeta alemán contemporáneo de Paracelso.

64

**Luis XII:** Rey de Francia (1462-1515), famoso por sus desastrosas guerras en Italia y la gran popularidad de que gozaba en su país.

22

**Lull, Ramón:** Místico y poeta catalán (1232-1316); concibió un arte basado en los principios comunes a tres religiones: católica, judía y musulmana.

50

**Lutero, Martín:** Sacerdote alemán (1483-1546). Con sus 95 tesis, las cuales atacaban varios abusos de la iglesia católica, inició la reforma protestante.

22

**Macedonia**

35

**Mahomet II:** Gobernante moro (1027-1095), epítome del musulmán europeo culto del medioevo, patrono de las artes.

19, 20

**María:** Alquimista egipcia a quien se le atribuye la invención del baño María. En los textos alquímicos se la llama "Princesa de Saba".

43, 44

**Mediterráneo**

32

**Memfis**

42

**mercurio:** Uno de los tres principios o sustancias fundamentales de Paracelso.

48, 52, 53, 79, 86, 88, 89, 91-94, 98, 99

**Milán**

20

**Mileto**

32, 33

**Nápoles**

20, 21

**Oriente**

29, 32

**Paracelso**

11-13, 15, 20-23, 25-29, 50-55, 57, 58, 60, 61, 63-65, 67, 71, 72

**Parménides:** Filósofo griego (515-450 a. C.). Uno de los más destacados filósofos presocráticos.

38

**Pérgamo**

32

**pedra filosofal:** Principio alquímico que, según se creía, era capaz de transformar cualquier sustancia en oro.

11, 44, 48, 49, 58, 87

**Platón:** Filósofo griego (427-347 a. C.). Su sistema filosófico se basaba en ideas o formas eternas que representaban conceptos universales o absolutos.

16, 17, 35, 37, 45

**Polonia**

51

**Portugal**

51

**Ptolomeo:** Astrónomo, geógrafo y matemático griego del siglo II, que consideraba a la Tierra como el centro del universo.

45, 72

**Razés:** Médico y alquimista persa (845-930), seguidor de la teoría de los principios de azufre y mercurio.

72

**Regensturg**

75

**Rodas**

51

**Roma**

45

**Rusia**

51

**sal:** Uno de los tres principios o sustancias fundamentales de Paracelso.

52, 79, 86, 88, 89, 91-94, 97-100

**Salzburgo**

55

**Samos**

32

**Satanás:** Uno de los nombres dados al diablo, príncipe del infierno.

26, 27, 67

**Selim I:** Sultán otomano de 1512 a 1520. Extendió su imperio a Siria y Egipto, y llevó a los otomanos al liderazgo del mundo musulmán.

20

**Sevilla**

49

**Sicilia**

32, 34



## **Siria**

45, 46

**Sócrates:** Filósofo griego (470-399 a. C.) que aplicó el pensamiento filosófico al análisis de la conducta humana.

33, 37

**Solimán I:** Sultán otomano de 1520 a 1566, también llamado "el Magnífico". Sus campañas militares ensancharon el Imperio otomano. Fomentó el desarrollo de la arquitectura, el arte y las leyes.

19, 20

## **Sol**

41

**Sprenger, Jakob:** Inquisidor alemán que, autorizado por el papa Inocencio, inició en Alemania una sanguinaria caza de brujas.

25

**súcubos:** Demonios femeninos que copulan con los hombres dormidos.

26, 41

## **Suiza**

20, 51, 52

**Tales de Mileto:** Matemático, astrónomo y filósofo griego (624-546 a. C.) que consideraba que el agua era la esencia de la materia.

33

**Tierra:** Tercer planeta del sistema solar.

18, 30, 31, 41

**Teodorico:** Rey de los ostrogodos de 471 a 526; invadió y conquistó Italia.

45

**teoría de los cuatro humores:** Propone que el cuerpo está constituido por cuatro humores, sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema; su equilibrio es la salud y su desequilibrio la enfermedad. A cada humor correspondía la naturaleza de uno de los cuatro elementos.

54, 85, 95-96

**teoría de los cuatro elementos:** Propone que el universo está formado por cuatro elementos únicos en distintas proporciones: agua, tierra, aire y fuego.

43-36, 39, 40, 49, 52, 54, 91, 95

## **Toledo**

15, 49

**Tomás de Aquino:** Teólogo italiano (?1224?-1274), uno de los grandes escolásticos medievales. Sus obras influyeron en la sistematización de la teología de la iglesia católica.

28

**Tot:** Dios egipcio de la medicina.

44


**Trajano:** Emperador romano de 98 a 117. Fue el primer emperador que nació fuera de Italia. Extendió su imperio hacia el este, hasta Arabia, Armenia y Mesopotamia.

42

**teoría de las tres sustancias o *Tria Prima*:** Tres sustancias fundamentales

- que, según Paracelso, participan en la naturaleza de toda la materia: azufre, mercurio y sal.  
52, 78-81, 85, 86, 88, 89, 91-96, 99, 100
- Tritemius, Johannes:** Abad del monasterio de Villach, alquimista y maestro de Paracelso.  
23, 25, 26, 28, 29, 50, 56
- Tymme, Thomas:** Seguidor de Paracelso, que declaraba que la creación había sido un proceso de "extracción, separación, sublimación y conjunción alquímica".  
57
- Venecia**  
20, 22
- Vesalius, Andreas:** Anatomista flamenco (1514-1564), que revolucionó el estudio de la anatomía gracias a sus cuidadosas descripciones del cuerpo humano.  
18
- Vilanova, Arnaldo de:** Notable alquimista del renacimiento.  
50
- Villach**  
23, 25, 28, 50
- Wadt, Joachim de:** Uno de los protectores de Paracelso en Bruselas.  
71
- Wittelsbach, Ernesto de:** Príncipe obispo de Salzburgo.  
55
- Wittenberg**  
22
- xerión*  
véase piedra filosofal
- Yugoslavia**  
20
- Zósimo:** Papa griego de 1417 a 1418, sucesor de Inocencio.  
44, 46
- Zwinglio:** Principal dirigente de la reforma luterana en Suiza, nacido en 1484 y muerto en 1531.  
28

Esta edición se terminó de imprimir en septiembre de 2001  
ALFOMEGA S.A.  
Transversal 24 No. 40-44, Bogotá, Colombia.  
La impresión y encuademación se realizaron en  
Quebecor World Bogotá.



Nadie duda que la ciencia es importante para el progreso de la humanidad; lo que casi nunca nos dicen es que también es sumamente divertida. La historia de la investigación científica es tan apasionante como una buena novela de misterio o una película de acción.



En este libro damos a conocer la historia y la obra de Paracelso, médico, alquimista, astrólogo y profeta suizo que por primera vez rompió con la idea de que la alquimia era una práctica mística, para lanzar propuestas que la convertirían en una ciencia con aplicaciones concretas, como la farmacéutica. Queremos que niños y jóvenes puedan acercarse a las obras fundamentales de Paracelso; para eso seleccionamos sus fragmentos importantes y los volcamos en un lenguaje claro y comprensible. Ojalá se diviertan todos al leer este libro, tanto como nosotros al publicarlo.

ISBN 958-682-313-X



9 789586 823135



COLCIENCIAS



Alfaomega